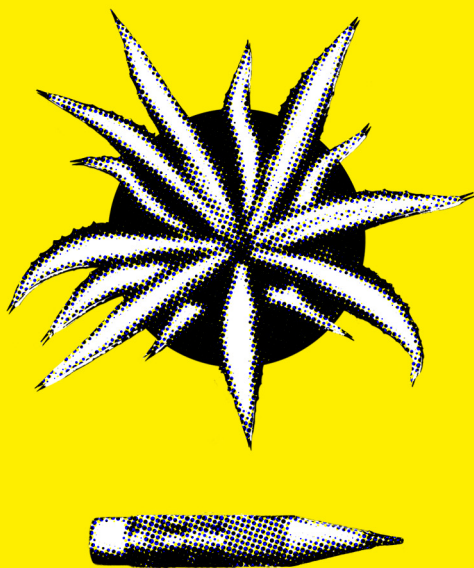




ATZAVARES



XII Premio de Relato corto Atzavares 2017
Universidad Miguel Hernández de Elche

Dirección y Coordinación **Oficina de Cultura,
Extensión Universitaria y Promoción Lingüística**
Convoca **Vicerrectorado de Cultura y Extensión Universitaria**
Pórtico **Tatiana Sentamans**
Textos **sus autores**
Diseño y maquetación **Marco Francés**
Editor **Limencop S.L.**
ISBN
Imprime **Limencop S.L.**

ATZAVARES



XII Premio de Relato Corto 2017

Universidad Miguel Hernández de Elche

PÓRTICO

En este año 2017 de efemérides literarias, en el que seguimos conmemorando el 75 aniversario de la muerte de Miguel Hernández y el 50 de Azorín, he querido tener aquí un pensamiento para Gloria Fuertes en el centenario de su nacimiento. Sirvan sus versos para recordarnos, en estos tiempos convulsos, que a veces “escoger lo difícil”, es el camino de una creación comprometida y libre como lo fue la suya.

Nací para poeta o para muerto,
escogí lo difícil
-supervivo de todos los naufragios-,
y sigo con mis versos,
vivita y coleando.

Nací para puta o payaso,
escogí lo difícil
-hacer reír a los clientes desahuciados-,
y sigo con mis trucos,
sacando una paloma del refajo.

Nací para nada o soldado,
y escogí lo difícil
-no ser apenas nada en el tablado-,
y sigo entre fusiles y pistolas
sin mancharme las manos.

Como siempre, quiero darle las gracias al equipo que ha hecho posible el Duodécimo Premio de Relato Corto Atzavares de la Universidad Miguel Hernández (organización, gestión y jurado). Y deseo aprovechar estas palabras para felicitar a todas las personas que han participado y especialmente a aquellas cuyos relatos han sido premiados/seleccionados, y que componen el espléndido volumen que tenemos entre las manos.

Nos *leemos* la próxima edición,

Tatiana Sentamans
Vicerrectora de Cultura y Extensión Universitaria
Universitas Miguel Hernández de Elche

PÒRTIC

En aquest 2017 d'efemèrides literàries, en el que continuem commemorant el 75 aniversari de la mort de Miguel Hernández i el 50 d'Azorín, he volgut tenir ací un pensament per a Gloria Fuertes en el centenari del seu naixement. Servisquen els seus versos per a recordar-nos, en aquests temps convulsos, que a vegades "triar allò difícil", és el camí d'una creació compromesa i lliure com va ser la seua.

Nací para poeta o para muerto,
escogí lo difícil
-supervivo de todos los naufragios-,
y sigo con mis versos,
vivita y coleando.

Nací para puta o payaso,
escogí lo difícil
-hacer reír a los clientes desahuciados-,
y sigo con mis trucos,
sacando una paloma del refajo.

Nací para nada o soldado,
y escogí lo difícil
-no ser apenas nada en el tablado-,
y sigo entre fusiles y pistolas
sin mancharme las manos.

Com sempre, vull donar les gràcies a l'equip que ha fet possible el Dotzè Premi de Relat Curt Atzavares de la Universitat Miguel Hernández (organització, gestió i jurat). I vull aprofitar aquestes paraules per a felicitar totes les persones que han participat i especialment a aquelles els relats de les quals han sigut premiats/seleccionats, i que es recullen en l'esplèndid volum que tenim entre les mans.

Ens *llegim* la propera edició,

Tatiana Sentamans
Vicerectora de Cultura i Extensió Universitària
Universitas Miguel Hernández d'Elx

Jurado

Presidenta: Alicia de Lara González, Profesora de Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

Vocal: Montserrat Jurado Martínez, Profesora del Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

Vocal: Joaquín Juan Penalva, Escritor y Profesor de Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

Vocal: José Luis Vicente Ferris, Escritor y Profesor del Dpto. de Ciencias Sociales y Humanas.

Secretario: Eduard Aguilar Lorente, Escritor y Técnico de Biblioteca

PREMIADOS

Primer Premio: *Ana*, **Luis Torrús Cortés**

Segundo Premio: *El misterio de Widemarsh Street*, **Javier Arcones Toledano**

Tercer Premio: *La locura*, **Noemí Riquelme Sánchez**

SELECCIONADOS PARA SU PUBLICACIÓN

Música en el vacío, **Laura Coves Fernández**

Roja, **Laura Coves Fernández**

Bolzano, **Eduardo José Francés Álvarez**

Esperando el amanecer, **Eduardo Melero Verdú**

La despedida, **Andrés Pérez Cutillas**

Lágrimas sobre Los Ángeles, **Víctor Sánchez Rico**

RELATOS
PREMIADOS



Ana

Luis Torrús Cortés

Primer Premio

"Frio, silencioso, dinámico, el candado elabora su herrumbre"

De La Hojarasca. Gabriel García Márquez

Para Andrea

Cuando Ana sonreía guiñaba sin querer el ojo izquierdo.

Subió los dos pequeños escalones que la alejaban del conductor repitiendo mentalmente el número doce. Avanzaba con lentitud, acariciando con el pulgar el borde de plástico de los auriculares mudos que llevaba en la mano derecha, dando tiempo a que los estudiantes que tenía por delante fueran desapareciendo del pasillo. Había buscado y encontrado mientras tanto la pareja de asientos vacíos situados lo más al fondo posible. Cuando llegó hasta ellos se sentó en el que daba a la ventana, ensayó su cara más seria y dejó caer una desgastada bandolera gris en el de al lado. Por el camino había podido contar hasta veinte huecos pero apenas sobrevivían quince cuando se giró. A pesar de que nadie, salvo ella misma, conocía aquel juego inventado, arrugó de alegría el firmamento de pecas de su nariz después de que, de las siete personas que quedaban aún de pie, ninguna se interesara por el asiento libre. Solo intuyó la duda, por un leve movimiento de sus labios, en la que ella había asignado el número once en la parada. Era un chico de mirada de buscador de tesoros con el que coincidía dos o tres días a la semana

en el autobús de vuelta de la universidad, y al que siempre y sin motivo regalaba un número impar, pero con el que nunca había compartido asiento. Aquel largo viernes de finales de primavera tampoco fue una excepción y Ana se preparó satisfecha para su viaje en solitario encajando, con un gesto delicado y en el orden de siempre, unos auriculares amarillos en sus pequeñas orejas.

En cuanto el autobús se incorporó a la autovía, recogió hábilmente su melena castaña con la ayuda de un desafilado lápiz negro, y se abandonó a larguísimos y repetitivos pensamientos sin peso. Un desfile incesante de canciones de grupos indie acompañaba el repaso a conversaciones mal cosidas para las que iba inventando finales cada vez menos convincentes. En su cabeza ganó las batallas que creyó le permitirían dormir del tirón esa noche y dejó perder el resto. Cuando ya se disponía a estar por fin en paz con lo cotidiano, un melancólico fa sostenido menor de guitarra apareció, desde alguna pretenciosa canción, para arrastrarla a lugares más profundos de su mente. Lugares hilvanados por culpas y decepciones, donde Ana guardaba un pormenorizado listado de decisiones, pero sobre todo de personas. Lugares donde descubrió que el agua no resbala igual por todas las pieles. Lugares, en definitiva, que eran solo de ida.

Fue expulsada violentamente de aquel trance por el mecánico chillido de los frenos del autobús y, como si tuviera un resorte, se levantó del asiento, agarró la bandolera, y saltó a la acera y al calor de la tarde acompañada por el sonido del aire comprimido de la puerta.

El primero en avisarla del error fue su reflejo, que la miraba a la cara incrédulo, al ser devuelto por cristalera del bar que tenía enfrente. Aun así necesitó mirar a derecha e izquierda durante unos segundos para poder creerse su estupidez. Cerró los ojos, respiró profundamente, levantó la barbilla y dejó escapar, casi sin separar los dientes y alargando mucho la e, un “mierda” desesperado. Esa no era su parada.

Oyó cómo a su espalda se cerraban las puertas del autobús, cómo el motor se aceleraba al iniciar la marcha y cómo se alejaba entre el tráfico. Solo entonces se dio cuenta de que la bandolera que agarraba con la mano derecha de cualquier manera casi rozaba el suelo. Se la colgó del hombro en un solo movimiento, la

sopesó y, a pesar de que estaba bastante lejos, decidió volver andando a casa. Conocía el barrio, ya que había vivido allí siendo pequeña hasta que sus padres se mudaron al centro, y podría atravesarlo a modo de atajo. Le pareció divertido calcular la ruta haciendo uso únicamente de su memoria. Cuando el mapa mental estuvo preparado, sacó y volvió a guardar el teléfono móvil en el bolsillo exterior de la bandolera para comprobar la hora, y dio el primero de demasiados pasos.

Con tan solo dos calles recorridas ya tuvo la primera duda. Para poder concentrarse mejor puso en pausa el pequeño reproductor de música que llevaba enganchado en la cintura de sus pantalones y guardó los auriculares en el bolsillo. Avanzó una tercera calle, una cuarta, ¿una quinta? No. Buscaba como referencia el colegio al que había asistido hasta los seis o siete años pero no lo encontraba, quizá desorientada por los nuevos edificios construidos desde entonces. Deshizo el camino pero esta vez por la calle paralela, deteniéndose en cada esquina a buscar algún indicio, un cartel, una valla, ¡un puñetero niño saliendo de las extraescolares! Ni rastro del colegio. Descartó intentar ir hasta su antigua casa, desde allí sabría volver a la nueva pero se alejaría aún más. Daba igual, intentó serenarse, su orientación siempre había sido buena, esto solo era un lapsus, elegiría cualquier calle, encontraría algún lugar conocido y seguiría a partir de ahí.

No tardó mucho en encontrarlo; después de unos pocos minutos andando apareció en su camino un grupo de casas de dos plantas distribuidas a lo largo de una única calle de no más de cien metros. Era la zona más deprimida del barrio y posiblemente la más antigua. “El camino de la bruja”, recordó. Cuando vivía por allí los críos se inventaron el cuento de que en una de esas casas vivía una bruja y se retaban a atravesar la calle de punta a punta sin ser devorados. Sonrió al recordar que ella, con el corazón en la boca, lo había logrado una vez. Dieciocho años después de aquella corta pero intensa carrera, su mente dibujó con facilidad el recorrido que la llevaría a casa y se tranquilizó; en media hora estaría en su cuarto, calculó.

Se detuvo un instante para ver cómo el sol alargaba ya sin disimulo su sombra y, pese a que el único indicio de vida en esa calle era la ropa tendida en los balcones, pasó el asa de la bandolera por encima de su cabeza cambiándola de hombro antes

de adentrarse, por segunda vez, en el camino de la bruja.

Los primeros metros los recorrió midiendo el ruido de cada paso, pero poco a poco fue convirtiendo esos pasos en zancadas, hasta que a unos cincuenta metros le pareció que se abría una puerta, entonces volvieron a ser pasos, y vio salir a un hombre, entonces una pequeña punzada de dolor.

Rodilla derecha.

Durante tan solo dos segundos, los dos que necesitó Ana para reconocerse, pensó en dar la vuelta. La promesa de peligro que significaba seguir adelante luchó y perdió contra sus principios. Ella estaba por encima de prejuicios y de imposiciones machistas y, además, lo que tenía a treinta metros era solamente un hombre saliendo de su casa. Veinte metros. No, no daría la vuelta. Diez...

—Hola, Ana.

Notó cómo el color le abandonaba el rostro.

—Ho, hola —respondió mientras se detenía a un par de metros.

—¿Qué? ¿No te acuerdas de mí?

Hasta ese momento se había forzado en mirar al infinito y aquel hombre solo había sido una silueta en su campo de visión, pero ahora lo observó con más atención. Aparentaba ser mayor que ella y era más alto, y eso que ella era alta. Ojos marrones, nariz pequeña, boca descuidada, bien afeitado, pelo limpio, mal peinado... Estaba muy moreno, pero era un moreno de ciudad, perenne, insano. Llevaba un jersey entre verde y marrón y un pantalón de chándal negro. Remataba el conjunto con unas zapatillas deportivas blancas, sin marca reconocible. Pero sobre todas estas cosas le llamaron la atención los dedos de sus manos; eran unos dedos desproporcionadamente gruesos con pequeñas uñas que se le hundían en la piel.

—No, no me acuerdo, perdona —respondió ella con voz débil.

—Sí, mujer, Velasco, del colegio.

Velasco... No recordaba ningún Velasco del colegio, pero en realidad confundía nombres y rostros de sus dos colegios, y todo le quedaba muy lejano.

—¿Y qué haces por este barrio? Hacía mil que no te veía.

Ana se dio cuenta de que mientras le hablaba, el hombre había bajado un instante la mirada y la había vuelto a subir. Se acordó entonces de la bandolera que llevaba cruzada. El asa le estaría resaltando los pechos, ajustándole al cuerpo su camiseta blanca. Se le aceleró algo más el pulso. Tragó saliva.

—Pues vengo ahora de la universidad, estoy haciendo un máster y voy para casa —dijo con amabilidad— pero de verdad que no me acuerdo —añadió.

El chico volvió a bajar la vista. Esta vez con menos disimulo.

—Siempre fuiste una empollona —dijo soltando una sonora carcajada—, ¿no te acuerdas de que jugábamos mucho en el patio? Oye, estás muy guapa...

El chico, sin parar de hablar, se llevó la mano derecha al bolsillo de atrás del pantalón pero no sacó nada. Lo volvió a hacer. ¿Qué buscaba? Al tercer movimiento dejó la mano atrás.

Lo que hasta el momento había podido ser un simple encuentro incómodo, se estaba empezando a convertir para Ana en una experiencia altamente desagradable. Notó cómo se le enfriaban las manos y se le enturbiaba la respiración. Necesitaba salir de allí y dijo sin pensar seis palabras de las que, una a una, se fue arrepintiendo a medida que salían de su boca.

—Bueno, ahora creo que me acuerdo —mintió.

—¿Ves? Ni tan siquiera el olvido es para siempre.

Ana tembló ante aquella frase que le antojó impropia, ajena a ese barrio y a la vida de ese chico. Sabía que tenía que tranquilizarse. Respiró profundamente.

Con casi total seguridad el chico se equivocaba de persona. Habían pasado muchos años, ella había cambiado físicamente y Ana era un nombre común, muy común. Todo era fruto de una casualidad. Se despediría, se acabó el ser amable, y seguiría su camino a casa.

—Bueno... —balbuceó mientras hacía un gesto con la mano hacia el final de la calle.

—Por cierto —La interrumpió el chico—. ¿Qué es de tu hermano Álex?

Se le erizó la piel.

Su hermano Álex era un año mayor que ella, trabajaba desde hacía tres en Manchester, ganaba más que sus padres pero les seguía pidiendo prestado un dinero que no devolvería y engañaba a su novia española con una traductora italiana de genio terrible y hombros huesudos. Su hermano Álex era feliz a ratos y lidiaba cada día con el peso del que sabe que siempre tendrá dónde volver.

—Está en el extranjero, trabajando.

—¡Anda, qué suerte! Yo también pensé en irme hace años pero ya sabes, mi padre me necesitaba...

Ana ya no escuchó más; el chico se le había acercado y se había desplazado hacia la derecha. Tomó un punto de referencia en las baldosas del suelo y comprobó que lo seguía haciendo: se movía muy poco a poco cortándole el paso, no eran imaginaciones suyas. Suplicó, sin fe, al levantar de nuevo la cabeza, que al menos pasara alguna persona o algún coche por la calle pero en vez de eso se percató, por primera vez, de que la puerta por donde había aparecido el chico seguía abierta. Una pequeña arcada que por suerte pudo controlar le abrasó la garganta. ¿Cuánto podría tardar el chico en cogerla y meterla en la casa? No le daría tiempo ni a gritar. Si salía corriendo la atraparía en menos de diez metros y además no estaba segura de que le respondieran las piernas.

Extrañamente pensó que en la casa haría frío, que las paredes estarían heladas y olerían a sal. Saboreó esa sal imaginaria y el estómago le dio otro vuelco.

Ya podía oler su aliento a tabaco.

Ella sabía que no necesitaba excusas para irse pero se le ocurrió sacar el móvil de la bandolera diciendo que lo había oído vibrar y así fingir que tenía una llamada que devolver. Llamaría a casa y vendrían a por ella. Sí, eso haría. Pero no acababa de atreverse. El miedo se había comido de un solo bocado a la Ana que ella conocía, estaba absurdamente paralizada.

—... y eso. ¿Por qué no tomamos algo? Seguro que no tienes prisa.

—Lo siento, es que tengo que irme ya —respondió con todo el valor que pudo reunir.

Y entonces sucedió. Él dio un paso hacia delante, sacó la mano del bolsillo trasero y la agarró del brazo.

A Ana se quedó sorprendida de que la mano estuviera vacía. No se miró el brazo ni emitió ningún sonido. Solo esperó.

—Venga, "pecosina", si es solo una cerveza.

"Pecosina"... Se estaba mareando y no podía permitírselo. Apretó el puño derecho hasta que se le clavarón las uñas y la sangre pidió más sangre. "Pecosina"... Sacaría el lápiz que llevaba en el pelo y se lo clavaría en un ojo si intentaba algo más. Visualizó el ataque. Lo más importante era agarrar el lápiz a la primera. ¿Quién la llamaba "pecosina"?

Trasladó al pasado esos ojos voraces que la observaban a menos de dos palmos y recordó: se llamaba Diego. Hasta tres con ese nombre había en su clase. Este era Diego Velasco.

Fue en el último año en el que compartieron colegio. Una amiga y ella lo esperaron por donde sabían que pasaría, escondidas en una pequeña calle sin salida en la que había una hornacina acristalada con una Virgen blanca de capa azul de la que había olvidado el nombre. Lo esperaban sin motivo alguno solo para darle un susto, solo porque se les ocurrió, solo porque podían hacerlo, y del susto

cayó de culo con un estertor salvaje que mutiló las risas de las dos amigas. Lo vio levantarse del suelo con lágrimas de pura rabia, lo vio acercarse a ella, imponente, asombrosamente bello, y donde ella esperaba la retahíla de insultos de un niño de siete años encontró un juramento sereno: "Cuando menos te lo esperes te daré un susto. Un susto de muerte."

Y ahí estaba Diego Velasco, muchos años después, cumpliendo con creces su juramento y devolviéndole el susto. Solo era eso, una venganza cumplida. Todo cuadraba, y Ana decidió creer en esa historia inverosímil y sobre sus débiles cimientos supo templar los nervios, desentumeció los músculos, calentó su cuerpo, y con un simple pero firme movimiento hacia atrás de su hombro se soltó de aquellos dedos monstruosos y tejió su huida.

—Me tengo que ir, Diego—dijo con una voz que no reconoció y utilizó el primer paso para darle la espalda.

—Venga, no te vayas, no seas sosa.

Su único objetivo era llegar a la esquina.

—Pero si es viernes, mujer, ¿dónde vas?

Lo oía cada vez más lejos.

—¡Dame tu teléfono por lo menos!

Más lejos. No se giró, no respondió.

Hasta que dejó de oírlo y de nuevo el pánico le acarició la nuca pero Ana dejó de respirar, amortiguó sus pasos y aisló cualquier sonido de aquella calle, el del tráfico cercano, el de la ciudad entera. Solo existía ese chico. Podría haber escuchado el chasquido de los tendones de sus pies, su cuerpo al cortar el aire y hasta el ruido del roce de las perneras de su pantalón, pero nada de eso ocurrió y un instante antes de llegar a la esquina salvadora rozó con el pulgar el reproductor de música, sacó los auriculares del bolsillo y aprovechó el giro triunfal para llevarlos a sus orejas, los dos a la vez.

La música la reconfortó, la trasladó a otro planeta más habitable y ahogó, oportuna, un último grito irrespetuoso proveniente del camino de la bruja.

—¡Y no me llamo Diego, niña pija!

Ana volvió a casa por la ruta más corta, sin dudar ni una sola vez y con una única obsesión. El sudor de su cuerpo se había secado casi por completo cuando introdujo la llave en la cerradura. Fue directa a su habitación sin darse cuenta de que sus padres no habían vuelto a casa. Dejó de mala manera la bandolera y el reproductor de música en una silla, y se descalzó. Sin ningún orden buscó en los cajones, vació los armarios y puso patas arriba la habitación pero no encontró nada.

—¡¿Dónde están las malditas fotos del colegio?! —gritó con la voz rota.

Pero nadie le respondió porque nadie había. Derrotada, se acercó a la cama y se dejó caer boca abajo en la colcha blanca que se desbordaba sobre el cálido suelo de madera. Se durmió al instante y así la encontraron sus padres al llegar a casa. Llevando cuidado de no despertarla y sin cruzar palabra alguna, la taparon con una manta de lana, la besaron en la sien derecha y la dejaron dormir hasta el día siguiente.



EL MISTERIO DE WIDEMARSH STREET

Javier Arcones Toledano

Segundo Premio

—¿Cuánto es?

—Dos chelines y cuatro peniques.

El joven apuntó su nombre y apellido en el libro de registro y sacó un monedero de negro terciopelo de su elegante chaqueta con solapa de pico.

—Aquí tiene —dijo el joven Sir, y abrió las puertas situadas frente a la bibliotecaria.

Poco después se oyeron sus pasos atravesando los largos pasillos marmóreos de la silenciosa biblioteca.

En apariencia, la biblioteca de Widemarsh Street en Hereford, Inglaterra, no tenía nada de especial. Sí, era muy bonita y todo eso. El reflejo del sol en sus vidrieras, con fragmentos de cristal de todos los colores, hacía que entrar por sus puertas diese la impresión de sumergirse en un arcoíris. Sus altísimas y delgadas columnas, se alzaban contorsionándose en espirales infinitas hasta una bóveda translúcida. Y sus cientos de estanterías, formando laberintos de pasillos y recorridos, amenazaban con ahogar al lector en un mar de conocimiento si no

se sabía nadar bien. Aparte de ser la única biblioteca de todo Hereford, era de los pocos lugares donde uno podía huir del caos de la ciudad, y donde era moralmente aceptable pasar un par de horas seguidas. Sin embargo, no era ninguna de estas razones por las que la biblioteca de Hereford se había hecho famosa en el último año en prácticamente toda Inglaterra.

Las gruesas puertas de entrada volvieron a abrirse. Un grupo de tres personas formado por dos hombres y una mujer, todos de mediana edad y con estirada y seria apariencia, se encaminaron hacia el pequeño entarimado donde se alzaba la mesa de la bibliotecaria, que levantó la cabeza.

—¿Cuánto es? —Dijo el hombre más estirado de todos.

—Dos chelines y cuatro peniques.

Mientras sus acompañantes firmaban, el hombre sacó una libra esterlina de un saquito de cuero y se lo entregó a la bibliotecaria.

—Tome, quédese el cambio y utilícelo para encontrar a alguien que se encargue de abrir y cerrar esas malditas puertas —dijo señalando con el bastón la entrada principal—. Soy Edward Connor, de Worcester. —Y se encaminó hacia la puerta que daba acceso al mar de estanterías.

Como iba diciendo, no, por supuesto que no era el conocimiento per sé lo que atraía a los refinados y estirados burgueses, pues el conocimiento no refleja el sol como lo hace una libra esterlina. Lo que atraía tal cantidad de visitantes eran los sucesos que habían tenido lugar en las profundidades de la biblioteca, donde ninguno de los que se vieron involucrados lo contó jamás.

Hace poco menos de un año, el señor Thomas, uno de los leñadores del pueblo, que sabía leer y escribir con algunas dificultades, entró a la biblioteca para leer un rato después de una dura jornada de trabajo. Para aquel entonces, por supuesto, la entrada era gratuita. Dos horas después, cuando el sol languidecía y la campana de la iglesia de la ciudad daba la octava campanada, Emmaline observó en el registro que faltaba una persona por abandonar la biblioteca. "Se habrá quedado

dormido” pensó la bibliotecaria. Después de varias llamadas a casa de Thomas y una búsqueda de casi dos horas en la que intervino el alguacil y varios agentes de policía, no encontraron ni rastro de Thomas, sólo un libro caído y abierto boca abajo en medio del pasillo.

El día siguiente, se hallaban los habitantes de Hereford buscando una explicación plausible para la desaparición, cuando Emmaline vio con sus propios ojos como Thomas aparecía por uno de los pasillos de la biblioteca, un rayo de luz multicolor cruzaba su expresión serena y feliz. “Me quedé dormido” dijo después de dar un bostezo y desperezarse. Pocos días después del extraño incidente, se decía que estaba Thomas talando un árbol como venía haciendo veinte años atrás, cuando descubrió cerca de un tocón una marea de libras esterlinas que relucían bajo el abrigo de la hiedra y el musgo. Destinando buena parte del dinero a los niños analfabetos de la ciudad, Thomas pasó a ser pronto una importante figura en Hereford, y no volvió a cortar un árbol.

Dos meses después, en un tormentoso y desapacible día de febrero, los habitantes de Hereford se calentaban a la lumbre del fuego en sus hogares. “Es hora de irse, señor Harris” dijo Emmaline al anciano zapatero, que se disponía a dejar el libro en una estantería cercana, cojeando notoriamente. Cuando la joven bibliotecaria se dio la vuelta, tras dejar el libro de registro en su sitio y bajo llave, no había ni rastro del señor Harris, sólo un viejo libro caído en el pasillo cuya cubierta rezaba “Tratamiento del cuero y el calzado en la zapatería moderna”. Después de repetirse la misma historia que con el leñador, estaba el día siguiente Emmaline colocando algunos ejemplares que habían llegado aquel día, cuando la voz de un rejuvenecido señor Harris le llegó a un par de metros de distancia: “vaya, parece que me he quedado dormido, ¡ja ja ja!”. El anciano aparentaba veinte años menos y no había rastro de su cojera. Una semana después se fue de la ciudad y cuentan en Hereford que se convirtió en el zapatero del mismísimo Rey Eduardo.

Los extraños incidentes se fueron sucediendo. El pasado mes de mayo, el hijo de los Blair (los costureros de la ciudad) había tardado en salir de la biblioteca casi dos días. La preocupación y el mal trago de la familia cesó cuando una semana después, un rico modista francés, llamado Paul Poiret, pasaba por su

taller y viendo sus prendas les invitó a trabajar con él en Francia, salvándoles de la pobreza. También estaba el caso del Señor Wallace, el pastor cuyas ovejas se decía en Inglaterra daban el mejor queso jamás probado, tardó tres días en salir; la señorita Johnson, considerada la mujer más bella de Hereford, tardó cinco días en salir...

Estaba Emmaline cavilando sobre estos personajes cuando el sonido de las ocho campanadas llegó amortiguado a sus oídos. Es la hora, se dijo. Entró a la gran sala y esperó paciente a que sus ocupantes la abandonasen, muchos de ellos hacían murmuraciones al pasar por su lado o comentarios de desdén, quizá porque no se les apareciese un genio mágico después de frotar un libro o algo similar. Cuando la sala se quedó vacía, la bibliotecaria salió de allí y consultó el libro de registro, abierto por la fecha de ese día, comprobando que la mayoría de personas se había ido ya; la mayoría excepto...

Emmaline volvió a entrar en la gran sala, esta vez presurosa y con los latidos de su corazón haciendo eco en su arteria carótida.

—¡Señor Wood! —llamó la joven corriendo y esquivando estanterías—. ¡Señor Wood!

¿Y si lo encontraba ella? ¿Y si encontraba ella al genio o lo que quisiera que fuese lo que hacía cambiar la vida de las personas? ¿Qué le pediría? La verdad, nunca había pensado en que se diese esa situación, estaba contenta en su trabajo y en su vida en general, pero...

Oyó un libro caerse en las estanterías finales. Cuando ya estaba próxima al final de la biblioteca, vio una porción de lo que parecía ser el libro abierto que se había caído al suelo, semioculto por la esquina inferior de una estantería. Frenando en seco su carrera, Emmaline se acercó poco a poco, sin hacer ruido, al pasillo en penumbra. Comenzó a doblar la estantería. Allí había alguien. Percibió un destello dorado, una mano blanca y arrugada cogió el libro y se enderezó, su cara en penumbra...

—¡Oh! Vaya, señorita... —dijo el señor Wood dando un respingo y ajustándose

a la oreja la dorada trompetilla, que reflejaba la poca luz que emitía un farol cercano—. ¡Qué susto me ha dado!

Emmaline, que respiraba entrecortadamente a causa de la carrera y de la emoción anterior, se apoyó en la estantería y replicó:

—¿Es que no ha oído las campanadas acaso, señor Wood? He estado llamándole un buen rato.

—¿Que si no he oído qué? Francamente, este no es un buen lugar para asar un buen pato, debería usted esperar a llegar a casa.

Emmaline dio un suspiro y acompañó del brazo al medio sordo señor Wood hasta la puerta de la biblioteca. Allí, mientras el anciano hacía una disertación sobre la mejor manera de asar un pato al fuego, anotó su nombre en el libro de registro...

—Esa librería te consume, Emmaline —dijo su padre en la mesa aquella noche, mientras él, su madre, su hermano pequeño y Emmaline cenaban en la pequeña casa situada a las afueras de Hereford—. Y más últimamente. Ya te he dicho que no deberías pensar en esas desapariciones, es todo mentira, simple casualidad.

—Sí, Howard —dijo su madre mientras partía un trozo de pan. Su largo cabello anaranjado era idéntico al de su hija—, pero el dinero nos hace falta, ¿no?

—Dinero dinero... parece que todo este maldito mundo gire alrededor del dinero —dijo el padre, huraño—. Esta mañana, uno de esos principitos vestidos como muñecas —el pequeño Erik lanzó una carcajada— tuvo que sentarse media hora mientras herraba su caballo, ¡y venía de Credenhill, a cinco millas! —Esta vez toda la familia acompañó las carcajadas de Erik, sentado al lado del padre. Éste agarró al pequeño y comenzó a hacerle cosquillas mientras el pequeño se partía de risa. Después de un largo minuto el pequeño recuperó el aliento y cesaron las risas.

—No —repuso sonriendo aún el padre—. A esta familia no le hace falta nada más.

Pasaron los días en Hereford y no había ninguna nueva desaparición. Era como si el misterioso ser que habitase en la biblioteca se mostrase tímido ante los nuevos y pretenciosos visitantes. Cuando ya había pasado casi medio año desde la última desaparición, la entrada volvía a ser gratuita y los visitantes, escasos y modestos.

Emmaline cerró medio dormida uno de los muchos libros que no había sido capaz de terminar, cuya cubierta rezaba "La apasionante historia de Nuestra Reina Victoria".

—Señorita Emmaline —dijo una voz tras las estanterías—. ¡Señorita Emmaline! Mi corta estatura no alcanza a los estantes finales de la estantería, ¿sería tan amable?

—Claro, señor. Ahora mismo voy.

Emmaline cerró el aburridísimo libro que había estado leyendo y se encaminó hacia allí.

—En realidad disponemos de unas escaleras que... —se asomó a un pasillo donde no había nadie— tienen suficiente altura para... —pasó por otro pasillo vacío— llegar a los estantes finales... ¿Dónde demonios se había metido ese tipo?

—Señor, ¿dónde está? —Preguntó la joven.

Entonces, una voz grave, clara y potente pareció salir del interior mismo del libro "La apasionante historia de Nuestra Reina Victoria" que Emmaline tenía aún en las manos, diciendo: "estoy aquí, Emmaline".

El libro cayó al suelo y se abrió por la mitad. En sus páginas abiertas, las letras, las frases y los párrafos empezaron a formar lo que parecía una mano. La mano formada por cientos de palabras y de letras empezó a materializarse ante los ojos atónitos de la bibliotecaria, seguida por un brazo, luego una cabeza, un torso,

unas piernas... y finalmente lo que parecía ser una figura humana compuesta por miles y miles de letras y palabras emergió del libro vacío.

—Muchas gracias, Emmaline.

Nada más comenzar a hablar, las mismas palabras “muchas gracias, Emmaline” salieron escritas de la extraña boca del ente, formada a su vez por miles de letras. Las palabras describieron un errático rumbo por el espacio que les separaba hasta disolverse en una pequeña voluta de humo.

—¿Qui.. qui.. quién eres? —dijo la asustada bibliotecaria.

—¡Oh! No tengas miedo. Sólo soy El Conocimiento.

Como anteriormente, nada más articular la primera palabra ésta se materializó en forma escrita y surcó despacio el aire, desvaneciéndose.

—Y... ¿qué quieres? —dijo Emmaline, temblando su armónica voz.

—¿Yo? —el rostro alzó sus cejas componiendo una muestra de sorpresa—. ¡Ja ja ja! —rió la figura—, yo no soy el que te he encontrado, tú me has encontrado a mí. ¿Así pues, qué es lo que tú deseas?

Así que lo había encontrado, ése era el misterioso ser que moraba en las profundidades de la biblioteca. El ser que se había encontrado el señor Harris, el señor Thomas, el hijo de los Blair... y ahora ella. Le embargó la emoción. Era consciente de que seguramente fuese una oportunidad irrepetible, pero...

—Un momento, dice que he sido yo quien le he encontrado, pero, ¿cómo iba a hacerlo? —preguntó Emmaline—. La verdad, creo que si lo he hecho ha sido casualidad.

El Conocimiento, que la observaba aparentemente divertido, dijo:

—Aún no has respondido a mi pregunta, Emmaline. Dime qué es lo que deseas y después responderé a tus preguntas.

¿Qué deseaba? ¿una cantidad de libras esterlinas suficientes para no volver a trabajar nunca más, ni ella ni nadie de su familia? Entonces se imaginó abandonando la biblioteca, sus libros, sus conocidos visitantes, su luz multicolor... Caray, nunca se había dado cuenta pero... ¡le gustaba su trabajo! Pero a su familia podía irle muy bien, aunque se le vino a la memoria unas palabras de su padre unos meses atrás "Dinero dinero... parece que todo este maldito mundo gire alrededor del dinero...". No, no quería dinero. ¿Belleza, quizás? Emmaline no era nada fea, pero siempre se podía ser más guapa... ¿Prestigio, tal vez? Se imaginó en la portada de los titulares de la prensa inglesa del día siguiente, con un titular que rezaba "Emmaline Price". Estuvo un buen rato pensando, absorta en sus propios deseos, hasta que sus pensamientos fueron aclarándose, como la historia del protagonista de un libro.

—No deseo nada —dijo finalmente Emmaline—, creo que todo lo que querría tener ya lo tengo, y lo que no, llegará con el tiempo.

El Conocimiento comenzó a dar vueltas lentamente alrededor de Emmaline.

—Así que no quieres nada —repuso la figura—. Ciertamente, eso me alivia, ya que todo lo que desees tendrás que conseguirlo por ti misma. Yo sólo puedo ayudarte a saber qué es lo que deseas, y si acaso, cómo conseguirlo.

—Pero ¿qué hay del Señor Thomas, que le hizo usted rico? ¿Y del señor Harris?, ¡si hasta rejuveneció! ¡le quitó la cojera! Hay cosas que no puede hacer uno por sí mismo...

—¡Oh! No cabe duda de que interpreta usted los sucesos de forma errónea, señorita —dijo la figura deteniéndose enfrente de Emmaline—. El señor Thomas ya era rico antes de encontrarse conmigo. Quiero decir, por supuesto, que ya poseía todo lo que quería, era completamente feliz. En cuanto a sus posesiones, tenía una modesta cantidad de ahorros, ciertamente. Yo simplemente le sugerí que pensara cuál era la mejor forma de darles uso. El señor Thomas, que se había visto señalado y avergonzado desde su infancia por sus problemas para leer y escribir, decidió dedicar todos sus ahorros a aquellos niños que, como él, no tenían los medios para aprender a hacerlo. Lo que pasase después, debió seguir

simplemente el curso de sus acciones.

La nube de palabras que había salido de la boca de la figura se unió en un amasijo de letras, formando una pequeña nube, y se desvaneció.

—¿Pero, y el señor Harris? ¿El hijo de los Blair? ¿La señorita Johnson...?

—El señor Harris no rejuveneció, o no fue estrictamente así, por lo menos. Simplemente aceptó la vejez. Verás, Emmaline, cuando uno piensa en lo anciano, cojo o desafortunado que es, se convierte en todo aquello que teme. Del mismo modo que este libro —señaló al libro caído— me ha dado forma, los pensamientos de una persona, que no son otra cosa que cientos de combinaciones de letras y palabras, darán forma a la figura que los contiene. Ésto es, en último término, tú misma.

El Conocimiento explicó a Emmaline todos y cada uno de los misteriosos casos que habían tenido lugar en la biblioteca, que en el fondo, pensó Emmaline, no eran tan extraordinarios.

—Va siendo hora de despertar, Emmaline —dijo la figura después de mantener una larga conversación con la joven—. Me despediría, pero creo que no tendría sentido, ya que yo sólo soy una parte de ti.

—¿Despertar? —dijo la joven—. ¿Significa eso que esto es un sueño?

—Sueño, realidad... son dos conceptos que se mezclan muy a menudo, ¿no te parece?

Entonces, la gran figura, compuesta de miles de letras y palabras, alzó un brazo y posó su mano en la frente de la muchacha. Ésta sintió como su cabeza se quedaba completamente vacía, sin pensamientos, sin palabras... en un estado indefinible, pero agradable. Los colores de los cientos de libros se fundieron con el de las estanterías, el suelo, las paredes, las cristalerías...

—Así que no vas a contar ni a tu propia familia que te ocurrió ahí dentro, ¿eh?
—dijo su padre aquella noche, mientras la familia cenaba en la mesa circular.

—Ya os lo he dicho mil veces, me quedé dormida.

—Nadie desaparece dos días enteros, y lo explica alegando haberse quedado dormida, por muy aburrido que sea un libro, Emmaline —replicó el padre, mientras su esposa y Erik contemplaban a la muchacha, esperanzados por encontrar una explicación al misterio.

—Está bien —repuso la joven, limpiándose ambas manos con la servilleta y dirigiéndose luego a su familia—. Se me apareció una figura hecha de letras de un libro abierto en el suelo, y me dijo que era El Conocimiento. Estuvimos hablando en la biblioteca, al parecer dos días seguidos, hasta que me tocó con un brazo en la frente y pude salir.

Un completo silencio se adueñó del momento, todas las miradas puestas en Emmaline. Entonces, una carcajada general salió de las gargantas de toda la familia Price. El padre golpeaba la mesa con un puño, la madre se había atragantado con la cena e intentaba secarse las lágrimas con la servilleta, y el pequeño Erik casi se había caído de la silla.

—Vaya, Emmaline —dijo el padre, mirándola con los ojos llorosos—. Se diría que uno no llega a conocer nunca ni a su propia hija, parece que desconocía tu sentido del humor.

Emmaline sonrió a su padre. Su comentario le pareció bastante acertado, pero no quería aburrir a la familia con una aburrida reflexión sobre lo que conocemos y lo que no. Al decidir no replicar a su padre, casi pudo sentir cómo una frase que rezaba “Se diría que uno no llega nunca a conocerse ni a sí mismo...” salía de su mente para disolverse en una voluta de humo en la acogedora estancia.



La Locura

Noemí Riquelme Sánchez

Tercer Premio

La locura es una de esas cosas que si las padeces, no te deja deshacerte de ella. Te hace creer que no está durante largas temporadas, le permite a uno creerse normal. Pero aparece cuando menos lo esperas.

La locura es morbosa y manipuladora. De hecho, yo he observado algo en este tiempo, y es que las veces que la he negado, con más fuerza ha acudido a mí. Trastoca mis emociones, mis relaciones, mi familia, el sexo, los orgasmos... todo a lo que doy valor. En cambio, si la dejo entrar y acampar a sus anchas por mi mente, se calma como el perro que se desespera cuando es atado, pero se calma si le sueltan.

Yo tengo serias dificultades para soltarle la cuerda a la locura. Puede que por prejuicios o miedos infundados hacia lo que puedan pensar de mí. Una no sabe nunca el límite de la locura, o siquiera si lo tiene. Doy por hecho que ese límite se llama moral, y la mía está muy arraigada; mi moral es fuerte y firme, incluso sin medicación. Pero quién sabe, ella va por libre.

Es curiosa la vida, yo pensando en locura, mientras un hombre bajito, delgado, de tez pálida y pelo canoso, deambula por la sala de la biblioteca con la mirada perdida mientras organiza las sillas una por una. De hecho, tan absorta estaba mi locura en sí misma (es muy egocéntrica ella), que no me había dado cuenta de

que el hombre con aspecto de goblin que ahora mismo se hurga la entrepierna sentado en una silla frente a una chica joven y casualmente bella, llevaba ya un buen rato analizando la silla vacía que hay a mi lado. Supongo que su locura no había encontrado esta silla lo suficientemente cómoda, o su bragueta no encontraba mis pechos lo suficientemente grandes. Puede que su locura también tenga que ver con su sexo, no estoy segura de si en este caso aquella fuera lesbiana o heterosexual, dado que no sé a ciencia cierta su género, —y no me refiero al gramatical, sino a su carácter biológico—, si es que una palabra lo tiene.

No sé siquiera si la locura tiene conciencia de sí misma, pero sé que tanto la del hombrecillo que se encuentra analizando ahora su nuevo bolígrafo, como la mía, se resisten a desaparecer. Eso me lleva a pensar que quizás se trate de un mero instinto de supervivencia, pero otorgarle instintos a un estado mental me parece abusar.

De nuevo me distrae la locura del hombrecillo de ceño fruncido. Sin ánimo de insultar al pobre señor, su cara y su figura, habrían entrado dentro de la descripción de un psicópata al uso según la antigua ciencia de la frenología. Sin embargo, la corpulencia de este anciano, lejos de aterrar, inspiran más a darle una limosna, aunque sólo fuera para que se comprara unos pantalones de su talla que no tenga que abrocharse por encima del ombligo con el último agujero del cinturón; parece más un saco de trigo que un pantalón. De vez en cuando, se sujeta el cinturón y hace amago de abrochárselo, tanto éste como su cremallera, pero no modifica nada. Quizás su locura le advierta de que le observo, e incluso puede que sepa de lo que escribo. Yo siempre he dicho que los locos son más vivos aún estando asomados delante de la barandilla de un balcón, o con la sogá en la mano. Digo son y no están pues el verbo ser denota claridad, percepción de las cosas triviales; de los detalles ajenos al resto. De la misma forma en que la fiebre le otorga al escritor Juan José Millás una visión diferente de una realidad más real. En cambio estar, acompañado de vivo o viva, hace referencia al hecho de vivir. Permanece estático, inmóvil; mientras que ser implica dinamismo y respuesta ante las situaciones, ya sean aceptadas o no comúnmente. Del goblin que tengo frente a mí, no se diría lo mismo en estos momentos, pues parece que en cualquier momento va a hacer compañía a Morfeo, pero es que yo no conozco

en profundidad su locura. A pesar de todo, estoy segura de que las locuras —igual que pasa con el dolor— se asemejan entre sí, tanto sus virtudes como sus defectos.

De cualquier manera, volviendo a la mía, me doy cuenta de que la locura es muy caprichosa y muy celosa de sí misma. Por creerse única y por no querer ser juzgada, curiosamente. La mía, de hecho, se está resistiendo a ser contada, prefiere barrer hacia la del hombrecillo.

Yo nunca me veré como él —me digo a mí misma, con ese aire de superioridad que acompaña siempre a esta frase—. Mi locura es comedida, aunque a veces la sorprenda debatiendo con interlocutores imaginarios, incluso dando ponencias entre grandes pensadores de la época, o defendiendo a víctimas que sólo existen en un mundo creado por ella para saciar su sed de vengadora social.

Alguna vez, mi locura me ha abandonado para después volver con la de otros —que si bien la otra persona no se queda del todo sin ella, una parte sí viene a mí para compartir sus vivencias solo para que yo crea que le debo agradecer a la mía que sea más cuerda, o que intente aparentarlo. Sin embargo, hay veces que en el viaje, mi locura se hace amiga de otra y se unen con más fuerza a la vuelta, de manera que por mi cabeza han llegado a deambular hasta cinco al mismo tiempo. Suelen ser sobre todo locuras de otros escritores, cantantes, físicos de renombre, y algún que otro amante al que yo valoré, los cuales me pasaron su locura como quien contagia una enfermedad. Algunas veces crónica, y otras, transitorias.

Pero la locura tiene la virtud (o el inconveniente, dependiendo de para quién), de minimizar su intensidad al ser transmitida a otro. Por eso creo que de la misma manera en que un escritor contagia su locura por medio de sus páginas, o un amigo lo hace por medio de una conversación, yo estoy más cuerda cuanto más le doy rienda suelta a mi locura; esto es, cuantas más mentes contagia ella.

Con el tiempo he aprendido a amarla. Mi relación con ella ha pasado por muchas fases: la primera, el encuentro, fue un tanto incómoda. Apareció durante la adolescencia —como casi todas ellas—, y lejos de apartarla, como el alcohólico que reniega de beber pero no puede contenerse, yo la atraía más a mí hasta términos insospechados. Fue la época más reveladora a la par que peligrosa de mi

vida —supongo que no difiere mucho del resto de adolescentes.

La segunda etapa, como en el duelo, fue la negación. El rechazo a la locura fue tal, que al igual que el protagonista de la naranja mecánica, yo sentía náuseas al tropezar con un ápice de lo que antaño yo admiraba. Ésta duró algo menos de un año, y eso me convenció de que después de todo, me estaba convirtiendo en alguien normal (nada más lejos de la realidad).

La tercera, yo diría que fue la indiferencia. Pasó por mi vida igual que la convalecencia de una enfermedad, dejando un rastro de irreconocible dolor a su paso. Fue la más larga de todas. El vacío que me dejó, paralizó todo ápice de ingenio —el cual nunca ha asistido en gran medida a mi cuerpo y quizás por eso la cantidad que poseía era la mínima y necesaria para mi existencia. Hice lo posible por llenar ese vacío con otras cosas. Pero resulta que todo lo presente en mi vida que merecía la pena, iba ligado a ella: mis gustos, mis aficiones, mis metas, mis relaciones, el sexo... todos están teñidos o inspirados por ella. Mi mayor error fue negarla; negarle la responsabilidad de mis actos, placeres y fracasos. Pero yo no he sido consciente de ella hasta ahora.

Y esto me lleva a la cuarta fase o el cuarto estadio (como sucede con el cáncer): la aceptación. En ello estoy. En reconocer mi locura, su forma, sus expresiones, sus virtudes —sus defectos los tengo ya muy vistos. Pero no es como la primera vez que la conocí. Cuando mi locura y yo nos presentamos, quedé tan fascinada por sus capacidades que quise exprimirla al máximo hasta que parte de ella ahogaba mis emociones, las bloqueaba y teñía de un color irreconocible que no me gustó; me agobié, y la quise cambiar hasta limitarla por completo. Así que ella acabó por hacerme creer que se marchaba —porque como he dicho antes, ella nunca desaparece, solo amenaza con ello hasta que te unes o te derrota. Ahora estoy en el proceso de entenderla y aceptar cómo es. Yo la dejo ser, y ella me deja ser a mí. No le pongo el collar, sino que la dejo pasear a sus anchas, pues ella siempre estará conmigo.

Entre tanto, yo observo la receta de la medicación con resentimiento. Si la compro y la tomo, estaré adormeciéndola —a mi locura, claro— y privándole de ser. Privaré a mi cuerpo de todo lo que está bajo su responsabilidad, que como

he dicho son: la lúido, el ingenio, la curiosidad, la espontaneidad, el deseo, el razonamiento deductivo enfermizo, la adrenalina, la melancolía, la exaltación, el deseo... el sexo, el sexo, el sexo.

En fin, me pregunto si merece la pena apaciguar la parte de locura que me hace mal, privándome de toda la que da sentido a mi vida. Me pregunto si la que yo creo que me hace bien, es buena realmente.

Lo único que tengo claro es que esta locura —mi locura— es mía (o yo suya, no sé bien en qué sentido funciona), y a mí me gusta ser honesta conmigo misma, aunque en ocasiones esta honestidad me haga daño.

Finalmente, me decido a salir de la biblioteca a la Plaza Reyes Católicos, con la esperanza de que el cambio de ambiente me devuelva una perspectiva más clara; pero mi mente sigue afectada por la fiebre contagiada de Millás, y las calles tienen el color de otra época. El tiempo y las cosas avanzan más despacio, y la avenida huele a humedad y a desequilibrio emocional, pero apasionante. Dicen que la vida entre pasiones es peligrosa, pero qué sentido tiene entonces vivir si no sientes, si no sufres, si no amas hasta que te desgarras, si no ríes hasta que te ahoga. Sí, desde luego que es peligrosa, vivo cada día sus consecuencias, pero la alternativa me parece deprimente.

Saco del bolso la medicación y me quedo contemplándola a mi paso por el Puente de la Virgen. Si la tomo, no habrá vuelta atrás, se apagarán mis emociones. Ya lo viví una vez, sé lo que me espera. Se acabó escribir, se acabó cantar, se acabó bailar, se acabó gritar, se acabaron los enfados, se acabaron los orgasmos. Es lo más parecido a una desconexión que se puede llegar a experimentar sin estar en coma y conectado a una máquina.

Me detengo en el puente y contemplo el Río Vinalopó. El olor del asfalto húmedo tras una tarde de llovizna, me devuelve a una infancia feliz, completa y desequilibrada. Es lo que conozco y no puedo evitar amar todo aquello que se ve impregnado de locura. Lo llevo en las venas. En mi sangre se encuentra esta pequeña paranoia desde que la tía de mi madre viviera recluida en casa por un desamor.

Según me contó una vez mi madre, la tía Eladia sufrió el primer brote de esquizofrenia a los 24 años cuando el hombre al que amaba se casó con su hermana, lo que convirtió a la tía Eladia en la cuñada loca. Para mayor vergüenza, se vio obligada a vivir en la misma casa de su hermana y del cuñado al que un día amó. La misma persona que, sin intención, la condenó a una vida rodeada de insectos, vírgenes, espíritus y electroshock. No puedo ni imaginar el sentimiento de culpa que eso generaría en mis abuelos, supongo que por eso decidieron hacerse cargo de la tía Eladia aún después de tener tres niños, aunque eso supusiera que los niños crecieran en un entorno de gritos, terror y alucinaciones.

Pero dejando a un lado las divagaciones, la vista desde aquí es preciosa. Las orillas del Río Vinalopó están completamente pintadas por diferentes artistas y voluntarios apasionados del arte callejero. Los árboles frondosos rodean la multitud de palmeras a ambos lados del río, cuna y hogar de muchos de los pájaros que escucho cantar en este momento. A ellos no les interesa si la vida tiene sentido o no. Simplemente viven, sienten, vuelan y luchan por sobrevivir sin importar la manera en la que lo hagan. Me pregunto si algún otro animal se habrá planteado la idea del suicidio en algún momento. A día de hoy sabemos que los animales también sufren de depresión, pero todavía no alcanzamos a conocer el funcionamiento del cerebro a esa profundidad como para saber si podrían experimentar el deseo de quitarse la vida; pues apenas conocemos bien nuestro propio cerebro.

Por qué una especie puede traicionar su más puro instinto, el de la supervivencia, es todo un misterio. A mí me gusta pensar que la razón viene del dicho popular de que la naturaleza es sabia. Ya que somos la única especie que no tiene depredador y empezamos a superpoblar la Tierra, de alguna forma tendrá que acabar con nosotros. Hemos conseguido superar la gran mayoría de infecciones víricas y bacterianas, y a excepción del cáncer, el VIH y algunas pocas enfermedades más, no le tememos a nada porque casi nada puede acabar con nosotros. ¿Pero y si la enfermedad somos nosotros mismos? ¿Y si nace desde nuestra propia esencia, nuestra mente? Es un plan de aniquilación perfecto. Así que creo que es fruto de la inteligencia de la Naturaleza (en mayúsculas dado que si actúa intencionadamente debe tener nombre propio), que además de sabia

es malvada y cruel. No hay más que ver cómo nacen las estrellas o los planetas. Algo se debe destruir para que otra forma de vida (o de ser, vivo o inerte) resurja. Como suele ocurrir tras la tormenta, la ciudad está calmada y no pasea nadie junto a mí. Al menos no a una distancia prudente. Me ayudo del muro que rodea la estatua de una de las vírgenes que se encuentran a ambos lados del puente, para poder subirme a la barandilla. Pienso en cómo hacerlo, porque no me gustaría quedarme paralítica, bastante dura es mi vida ya como para no poder ser capaz literalmente de poder volver a intentarlo por mis propios medios —por no hablar del coste que supondría al Estado un intento de recuperación para nada.

Pienso en la cantidad de hombres que han pasado por mi vida, y en lo que aprendí de todos ellos. Es curioso que esto sea lo que más me importa en este momento. Todas las personas que han pasado por mi vida y todo lo que intentaron enseñarme con escasa fortuna.

A diferencia de lo que creía que sucedería, no tengo miedo; al menos no a la muerte. En cambio, sí se lo tengo a la vida. Siento pánico de despertar de nuevo. Sólo espero que en mi ausencia la vida de quienes me rodean sea mejor, porque yo estaré mejor y no quiero irme con sentimiento de culpa. También espero que la ciencia avance lo suficiente para curar esta enfermedad de una manera efectiva, a otros que se plantean seguir luchando. En cambio, para mí, la vida sin locura no es vida, y la locura en vida es mortal. Así que no tendré más que aferrarme a ella con fuerza durante el vuelo.

Extiendo los brazos y espero su acogida. Cojo aire y disfruto de la última bocanada de aire puro. Unos brazos fuertes me alcanzan y envuelven mis piernas y mi cintura con firmeza. Yo cierro los ojos y me dejo llevar.

RELATOS
SELECCIONADOS



MÚSICA en el vacío

Laura Coves Fernández

*A mi padre. Gracias por todas esas
canciones que componen mi día a día.*

¿Quién soy? ¿Qué hago aquí?

La estación abarrotada de personas, individuos que caminan sin mirar a su alrededor, entes que divagan entre las columnas de hormigón con el rostro oculto tras su máscara de indiferencia.

Desconocidos que no quieren conocerse.

El tren pasa zumbando a mi lado y los papeles revolotean como pequeños pájaros que han perdido el rumbo. Los enmascarados corren a su encuentro mientras me golpean con sus codos, sus brazos y sus pies, porque no soy nadie.

¿Soy nadie? ¿Soy nada?

Permanezco inmóvil contemplando como el gigante de acero, con su estómago lleno de mentiras, se sumerge en la oscuridad del túnel; devorado por un titán colosal.

Estoy solo. La estación está vacía y noto el peso sobre los hombros, el peso del silencio. Tengo miedo. El techo está tan cerca... ¿Y si cae? ¿Moriré? ¿Alguien me buscará? ¿Alguien sabrá quién soy?

La desesperación me abruma, me oprime el pecho y me inunda de una sensación de doloroso pesar. Me llevo las manos a la cara e intento arrancarme la máscara, mi propia mentira. El maletín cae al suelo con un golpe seco que retumba por el andén número 3.

Me da igual. ¡Me da igual! Quiero gritar. Quiero correr. Tengo miedo. ¿Quién soy?

Caigo de rodillas, dañándolas; y cuando creo que no puedo aguantarlo más, escucho la música.

So close, no matter how far

Couldn't be much more from the heart

Forever trusting who we are

*And nothing else matters.*¹

Las notas danzan delicadamente por el silencio, quebrándolo.

And nothing else matters...

El eco de esa frase resuena una y otra vez en mi cabeza mientras salgo de la estación y paro a un taxi. He vuelto a huir, otra vez. Siempre igual. Me da miedo la realidad.

¿Quién soy?

Un rayo de sol se proyecta sobre mis ojos, cegándome. Levanto la cabeza de la pantalla llena de cifras y letras para comprobar que aún sigo aquí, dentro de esta diminuta caja, junto a otro montón de desconocidos que teclean sin cesar.

¹ Nothing Else Matters, Metallica: *Muy cerca, no importa cuán lejos/No podría ser mucho más del corazón/ Siempre confiando en quiénes somos/ Nada más importa.*

Apatía. No hay sonrisas. No hay ilusión. Solo hay trabajo: números, signos, marcas...

Miro el reloj. Llevo dos horas trabajando y no sé en qué. Necesito un café.

Junto a la máquina hay un hombre y una mujer charlando amistosamente. Ella tiene una gran sonrisa pintada sobre su boca. Puedo ver las líneas trazadas con precisión, líneas rojas que ella ha dibujado esta mañana sobre sus labios que, ocultos bajo un dedo de pintalabios rojo escarlata, muestran sus verdaderos sentimientos: tristeza, soledad, añoranza, desamor, desesperación...

El hombre no se ha pintado una sonrisa; no le hace falta pues sabe usar bien su disfraz. Pero yo lo veo claramente, como si estuviese desnudo ante mis ojos: aguanta la respiración mientras intenta disimular su barriga cervecera, echa hacia atrás sus cabellos buscando disimular la calva incipiente y esconde su mano izquierda para que ella no vea la marca del anillo, anillo que deja siempre en casa cuando su esposa se ha marchado.

Introduzco una moneda en la máquina y presiono el botón. Un líquido negro borbotea y el vaso se llena. El olor es amargo. Antes era más dulce.

Cuando salgo de la oficina es noche cerrada. Las luces de neón bañan las calles de la urbe. Los coches se deslizan a gran velocidad por el asfalto entre pitidos y el chirriar de los neumáticos al frenar. Escucho insultos, pero no miro atrás. Soy indiferente.

¿Quién soy? ¿Qué hago aquí?

Vuelvo a estar de pie en el andén número 3 contemplando las negras vías del tren. La gente pasa rauda a mi lado, con prisa, con rabia, buscando un tren, una salida, un baño, una máquina de café.

Yo sigo esperando aunque mi tren hace rato que se ha marchado.

Estoy esperando una respuesta a mis preguntas, a mis ruegos, a mis miedos... pero nadie me oye.

*There are times when all the world's asleep,
The questions run too deep
For such a simple man.
Won't you please, please tell me what we've learned
I know it sounds absurd
But please tell me who I am.*

Música... pero no es la misma canción de ayer.

Avanzo hacia la salida más cercana. Cogeré un taxi. Volveré a huir.

*Won't you sign up your name, we'd like to feel you're
Acceptable, respectable, presentable, a vegetable!*²

Me detengo en seco. ¿Por qué? ¿Por qué esa letra me molesta tanto? ¿Por qué no puedo ser otro más, otro vegetal más?

Giro sobre mis talones y busco el origen de la melodía. Mis pasos resuenan sobre los adoquines. El latido de mi corazón hace vibrar mis tímpanos.

Entre el andén 6 y el 7 encuentro lo que buscaba. Un chico joven canta, acariciando las cuerdas de una vieja guitarra mientras, a su lado, una chica de su misma edad le arranca lánguidas notas a un deslustrado saxofón. Ambos me miran con ojos brillantes, invitándome a que me una a su pequeño mundo de música. Pero yo tengo miedo. Nunca he sido valiente.

Me meto la mano en el bolsillo del pantalón y saco una moneda. La lanzo dentro de un sombrero que han colocado, con cuidado, a sus pies.

El brillo de los ojos del joven titila por la decepción. ¿Qué esperaba de alguien que no es nadie?

² The Logical song, Supertramp: *Hay momentos cuando todo el mundo duerme./ Las preguntas son demasiado profundas/ Para un hombre tan simple/¿No quieres, por favor, decirme qué hemos aprendido?/Sé que suena absurdo/Pero por favor, dime quién soy//¿No quieres registrar tu nombre?, nos gustaría sentir que eres/Aceptable, respetable, presentable, ¡un vegetal!*

Con paso lento salgo de la estación. Sigo sin saber quién soy y ahora estoy incluso más confuso.

I know it sounds absurd

But please tell me who I am.

El molesto timbre del despertador me sobresalta. Son las 7 de la mañana y tengo que ir al trabajo.

Haciendo un grandísimo esfuerzo me levanto de la cama. El piso está a oscuras, en silencio, sin más respiración que la mía y la de un pequeño ficus con las hojas caídas y amarillentas.

Me preparo el desayuno: una taza de café y una pastilla para el ardor.

El tren por las mañanas está más abarrotado que por las noches. Siento que soy un pez dentro de una lata, alzando mi cabeza sobre los demás, intentando respirar, aún cuando no puedo.

Contemplo mi reflejo en el cristal: la boca triste, los ojos apagados, los pómulos hundidos, el pelo lacio. La cabeza de un hombre miserable pegada sobre un elegante traje, sobre una elegante fachada.

La corbata se asemeja, cada vez más, a una soga.

Tengo frío. No puedo parar de temblar. No hace frío, pero yo estoy helado.

Ha sido otro día de trabajo, como ayer, y antes de ayer, y todos los días desde hace cinco años. Nunca ocurre nada. Solo hay trabajo, trabajo y más trabajo que se multiplica conforme pasan las horas, las semanas, los meses. No tiene sentido. No tiene final.

El tren está a punto de llegar. Los desconocidos se agolpan en el andén como alimañas desesperadas esperando la comida. Yo permanezco al fondo, observando la escena, la triste escena de esta sociedad sin sentido, sin alma, sin sueños, que solo vive para morir con unas monedas más de con las que comenzó.

Y entre el murmullo de las mentiras y la hipocresía, una nueva canción.

Sometimes the system goes on the blink

And the whole thing turns out wrong

You might not make it back and you know

That you could be well, oh, that strong

And I'm not wrong.

Ella canta hoy, él toca la guitarra, un lector de discos les marca el compás. La joven clava sus verdes ojos en mí y tengo la sensación de que me está preguntando si estoy bien, si ya sé quién soy. Su dulce voz me acaricia, calentando mi cuerpo, mientras la letra se cuele en mi corazón.

You had a bad day

You've seen what you like

And how does it feel for one more time

You had a bad day.³

Sí, tengo un mal día. Todos son malos días, pero no puedo hacer nada. No soy más que un mísero ser humano, otro más de los millones que habitan este planeta, otro más de los esclavos de la humanidad, de la sociedad, las ciudades y sus dictaduras.

¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres que diga? Quiero ser alguien, pero no puedo; no puedo porque un muro me lo impide, un muro que lleva escrito mi nombre, mi pasado, mis errores... y las miradas recriminatorias, las reglas, la desaprobación que te hacen sentir que no eres nada. Que no somos nada...

Same old song, just a drop of water

In an endless sea

All we do crumbles to the ground

3 Bad day, Daniel Powter: *A veces el sistema se enciende/Y todo sale mal/Puede que no regreses y sabes/ Que puedes estar bien, oh, qué fuerte/Y no me equivoco.// Tuviste un mal día/Has visto lo que te gusta/Y, ¿cómo se siente una vez más?/Tuviste un mal día.*

Though we refuse to see

Dust in the wind

*All we are is dust in the wind.*⁴

Dos pares de ojos contemplándome atónitos. Mi voz resonando todavía en el pasillo.

Incredulidad. Incertidumbre. Alivio. Miedo. Vergüenza.

El tren ha llegado. Corro hacia sus puertas. Sus voces me llaman, pero no miro atrás.

¿Qué he hecho? ¿Por qué?

Noche en blanco. Confusión. Dudas. La luz de las farolas se derrama sobre mi cama mientras contemplo las pequeñas grietas de la pared.

El muro se está quebrando y algo valioso intenta salir por las fisuras, algo que hace latir mi corazón con energía como cuando era un niño inocente que podía soñar; un pequeño gavián surcando el cielo sin miedos, sin reglas, sin cadenas.

Tengo que hacer algo porque quiero saber quién soy, porque necesito volver a vivir.

Me levanto de un salto y corro hacia el armario. Entre los trajes de etiqueta, las camisas almidonadas y las corbatas desteñidas lo encuentro. Un viejo estuche marrón de cuero. Lo abro con dedos temblorosos. Sigue ahí, justo como lo dejé hace cinco años. Sigue oliendo a esperanza y a madera. Lo afino. Lo toco. Las notas vibran en el aire. Suspiro. La confusión se disuelve. El muro se desmorona.

Sé quién soy. Sé que hacer.

⁴ Dust in the wind, Kansas: *La misma vieja canción, /solo una gota de agua/En un mar sin fin/Todo lo que hacemos se derrumba al suelo/Aunque nos negamos a ver/Polvo en el viento/Todo lo que somos es polvo en el viento.*

Dos días. Ese es el tiempo que tardo en recaudar el valor suficiente para hacer lo que decidí aquella noche.

Dos días en los que cruzo la estación de tren para ir al trabajo y volver a casa sabiendo que, pase lo que pase, nadie me va a detener.

Durante esos días la tentación de correr al encuentro de los músicos es inmensa, pero me contengo.

La música me llama; sus canciones me buscan en cada esquina, en cada pasillo, en cada andén.

El primer día desean que esté allí, porque tenemos los mismos pensamientos, los mismos miedos. Somos almas perdidas en este marchito planeta.

How I wish, how I wish you were here

We're just two lost souls

Swimming in a fish bowl

Year after year

Running over the same old ground

And how we found

The same old fears

*Wish you were here.*⁵

El segundo día se sientan a la sombra de un "limonero", lo único que pueden ver, y me juran que me esperarán, aunque nada ocurra.

I feel so lonely

I'm waiting for you

But nothing ever happens and I wonder.

I wonder how

⁵ Wish you were here, Pink Floyd: *Cómo deseo, cómo deseo que estuvieras aquí/Somos solo dos almas perdidas/Nadando en una pecera/Año tras año/Corriendo sobre el mismo viejo suelo/Y cómo encontramos/Los mismos viejos miedos/Querría que estés aquí.*

I wonder why

Yesterday you told me 'bout the blue blue sky

*And all that I can see is just a yellow lemon-tree*⁶

Noto las mejillas húmedas, pero no me detengo. Entro en el tren, el estuche de cuero en una mano, un sobre en la otra y dentro de mí, mi confianza, mi valor, mis sueños, mi futuro.

Soy yo. ¡Soy yo! Sin máscara, sin ataduras, sin miedo. ¡Soy yo!

El teléfono no para de vibrar en mi bolsillo. Lleva así desde ayer. Los nombres se suceden en la pantalla: mi jefe, mi madre, mi padre, mi hermano...

Chasqueo la lengua y lo apago. Durante una temporada dormiré en el cajón. No lo necesito, porque soy libre.

Recorro los pasillos de la estación. Los enmascarados pasan a mi lado, me miran de reojo, me acusan, se burlan de mí, pero ya nada más importa, solo yo. *Nothing else matters.*

Los músicos están allí, donde siempre, entre el andén 6 y el 7. Cuando me ven, sonríen, la felicidad les ilumina la cara. Me reciben con los brazos abiertos, receptivos, sin prejuicios, sin máscaras. Me acucillo entre ambos y abro el estuche.

Olor a madera y a barniz. Olor a libertad.

El violín se estremece cuando comienzo a tocar. Su sonido es lo más bonito del mundo, un canto a la vida, al tiempo, a la alegría.

Los dos jóvenes escuchan la melodía, la reconocen y me siguen; ella con el saxo, él con la guitarra. Nuestras voces se funden en una sinfonía que llena el vacío de la existencia humana, rompiendo el silencio, las barreras, las mentiras.

⁶ Lemon tree, Fools Garden: *Me siento tan solo/ te estoy esperando/ Pero nunca sucede nada y me pregunto/ Me pregunto cómo/ me pregunto por qué/ Ayer me hablaste sobre el cielo azul azul/ Y todo lo que puedo ver es sólo un limonero amarillo.*

Sabemos quiénes queremos ser, sabemos dónde queremos estar y, sobre todo, sabemos que la vida es corta y no podemos dejarla pasar.

La vida es para vivirla, esa es.... nuestra filosofía.

We're no threat, people

We're not dirty, we're not mean

We love everybody but we do as we please

When the weather's fine

We go fishin' or go swimmin' in the sea

We're always happy

Life's for livin' yeah, that's our philosophy.⁷

⁷ In the summertime, Mungo Jerry: *No somos una amenaza, gente/No estamos sucios, no somos malos/ Amamos a todos pero hacemos lo que queremos/Cuando el clima es bueno/ Vamos a pescar o a nadar en el mar/Siempre estamos felices./La vida es para vivirla, sí, esa es nuestra filosofía.*



ROJA

Laura Coves Fernández

La historia comenzaba siempre igual, con el archiconocido Érase una vez...

Érase una vez una niña cuyo nombre era Caperucita Roja debido a que siempre iba vestida con una caperuza de dicho color.

Un día su madre le encomendó la tarea de llevarle a su abuelita, que vivía en lo más profundo de un inmenso bosque, un cesto con tarros de miel y pastas de avena.

La niña, sin pensarlo dos veces, aceptó la tarea y, con una sonrisa de oreja a oreja, se sumergió en el verde mar de hojas.

A mitad de camino, en un cruce, salió a su encuentro un malvado y famélico lobo que, viendo la oportunidad de saciar su apetito con sangre fresca, decidió engañar a la niña indicándole el camino más largo hacia la casa de su abuela.

Mientras Caperucita avanzaba por la larga senda, el lobo llegó a casa de la abuelita, la mató y se vistió con sus ropajes, saboreando ya en su paladar la tierna carne de la niña.

Cuando la pequeña llegó a la casa, el lobo la esperaba emocionado.

—Abuelita, abuelita. ¡Qué ojos más grandes tienes! —afirmó la niña.

—Son para verte mejor —contestó el lobo.

—Abuelita, abuelita. ¡Qué orejas más grandes tienes! —exclamó la pequeña.

—Son para oírte mejor —replicó el lobo impaciente.

—Abuelita, abuelita. ¡Qué dientes más largos tienes!

El lobo sonrió satisfecho y abalanzándose sobre la niña exclamó:

—¡Son para comerte mejor!

La niña esbozó una mueca de decepción mientras el lobo abría sus fauces para devorarla y, con un veloz movimiento, extrajo su revólver del calibre 45 y le incrustó una bala en el cráneo a la bestia. Y... fin.

¿Sorprendidos? ¿Pensabais que era la historia de la niña tonta, el lobo feroz y el cazador heroico? ¡Ja! ¿A quién le gusta una historia tan aburrida, tan cliché, tan discriminatoria? A mí no, está claro, y a mi madre tampoco.

Todas las noches, cuando me iba a la cama, ella se sentaba a mi lado y me narraba, con su voz tierna y tranquilizadora, historias donde las protagonistas tomaban las riendas de su destino y peleaban por un futuro donde nadie les impedía romper esquemas, independizándose del patriarcado y la corrupta sociedad.

Mi historia favorita, sin lugar a dudas, era la de Caperucita Roja y ahora, a pesar de que ya han llovido algunos años desde el asesinato de mi madre, sigue siendo mi cuento preferido. A veces se lo susurro a mis presas mientras agonizan, para que puedan descansar en paz. Aunque son unos maleducados que nunca me lo agradecen. ¿Por qué será?

—¿Quiere otra, señorita? —me pregunta el barman, devolviéndome a la realidad. Su rostro permanece impertérrito mientras hace amago de retirar mi copa, pero su mirada me dice que está intranquilo, como un pequeño cervatillo que acaba de llegar al mundo y se topa de bruces con un lobo (de lobos va siempre la cosa). Tal vez sea por mi sonrisa.

Cuando recuerdo a mis víctimas no puedo evitar sonreír. Algunos me han dicho que tengo la sonrisa de un demonio durante esos breves instantes de flashback; otros afirman que es una sonrisa de desquiciada mental, de psicópata. Todos están equivocados. Es mi sonrisa de satisfacción. Estoy orgullosa de mi trabajo y no pienso negarlo. Cuando termino con los encargos de mis clientes, sin huellas, sin rastros, sin testigos, lo celebro dándome algún capricho. Mi favorito es el baño de burbujas mientras como bombones de chocolate y leo un nuevo libro. Me apasiona la novela negra.

—Sí, gracias, pero con menos ginebra —contesto a la pregunta del hombre.

El barman asiente y se marcha para complacer mi demanda. Esta va a ser la última copa. Me cansa pagar por un alcohol que nunca llegará a mi sangre y creo que el ficus de mi derecha ya ha tenido demasiado gintonic por esta noche.

Con un gesto meditado me retiro un mechón rubio de los ojos mientras, con mucho disimulo, recorro el lugar con la mirada.

Estoy en el típico bar de un hotel de lujo. Lámparas de cristal de roca, sillas vintage de cuero blanco, alfombras de la más pura lana de oveja merina, mesas de ébano importadas de algún país tropical tercermundista, tazas de porcelana china, cuadros de Picasso, Miró y Dalí (de dudosa procedencia) y licores a la altura de los refinados paladares de la crème de la crème de las familias adineradas y las mafias.

Odio este ambiente de lujo y pomposidad. Me produce arcadas. Sobre todo la gente; ese puñado de hipócritas que despilfarran su dinero en caviar de una especie casi extinta mientras que en las calles de la ciudad se esparcen los cadáveres putrefactos de cientos de niños que han muerto por inanición o por el tráfico ilegal de órganos. Sí, está claro. Los ricos son mis presas favoritas.

El barman me ofrece una nueva copa, del más fino cristal de Bohemia, rebosante de líquido transparente y burbujeante. Con un gesto seductor le agradezco su servicio y, mientras él se marcha ruborizado a atender a otros clientes, yo localizo a mi objetivo.

Está sentado en uno de los sofás del fondo acompañado por un reducido grupo de hombres elegantemente trajeados y mujeres de escotes generosos y provocativos. Destaca como una cucaracha en una pared blanca y no solo por su peculiar traje azul eléctrico de Armani.

Alto, esbelto, pómulos marcados, piel ligeramente bronceada, cabellos negros pulcramente peinados, ojos azules protegidos por una cortina de largas pestañas y labios carnosos. En pocas palabras: un chico guapo que sabe que lo es y cómo usarlo a su favor.

¿Queréis más información? Supongo que sí, porque un espécimen así no se ve todos los días.

Se llama Cyan Wolfhunter, es el único hijo de Lobo, cabeza de una de las familias mafiosas más importantes de Under; veinticuatro años; mujeriego empedernido; zurdo; grupo sanguíneo, o negativo; bebida favorita, Vega Sicilia del 52; color favorito, azul... "cian". Como que me apuesto mi Magnum del 44 a que el ego de ese engreído no ha podido resistirse a ese color. Trabaja como administrador de las cuentas de su familia, es decir, es un niñito de papá que no sabe ni atarse las cordonerías él solito. Creo que esta noche voy a hacerle un bien a la sociedad quitando de en medio a un parásito como este.

Como si tuviese un radar implantado en el cogote o un sexto sentido que se activa ante la presencia femenina, lo veo girar la cabeza en mi dirección y clavar sus ojos en los míos sin ningún tipo de vergüenza. Y ante esa oportunidad de oro, no lo dudo ni un segundo.

Con un movimiento lento y seductor mojo los labios en el licor mientras hago aletear mis pestañas sin apartar mi mirada de la suya. Él se revuelve en su sitio, sonrío y me guiña un ojo.

Le devuelvo la sonrisa mientras internamente una carcajada se propaga por mis neuronas. Nunca fallo. Le he lanzado el anzuelo a un pecesito idiota y soberbio y, cómo no, él se lo ha tragado hasta el estómago sin saber que eso significará su perdición.

Durante aproximadamente una media hora intercambiamos miraditas, gestos y sonrisas hasta que él decide abandonar a sus acólitos y acudir a mi encuentro, como una polilla hacia la luz.

Camina con arrogancia y, cuando está a unos pasos de mí, se apoya en la barra y llama al barman.

—Un Johnnie Walker Blue Label. Y otro gintonic para la señorita.

Le lanzo una mirada al camarero.

—No, gracias. Póngame lo mismo que a él.

—Sí, señorita.

Con movimientos fluidos llena dos vasos con un líquido ambarino de fuerte aroma. Le agradezco su trabajo y él se marcha con una sonrisa satisfecha.

Contemplo el licor en silencio. Odio el whisky. Me trae malos recuerdos, pero es la manera perfecta de cumplir mi meta. Me acerco el vaso a la boca y simulo que bebo un trago. Pobre ficus, la que le espera.

—Veo que sabes apreciar el buen whisky,...

—Laila. Laila Strauss.

El "insecto" se ha sentado a mi lado y, sin ningún reparo, me estudia de la punta de los tacones a la cima del cogote, haciendo una parada prolongada en mis pechos, claro está. Míralos cuidadosamente, Cyan, porque van a ser los últimos que contemples.

—Laila... Bonito nombre para un ángel caído del cielo.

¡Ja! Quiero vomitar ahora mismo. He sentido como mis intestinos se revolvían en un intento de ejecución del harakiri sin catana.

Aguanto la respiración durante un par de segundos hasta que mi organismo se recupera de esa mierda de piropo y, con una sonrisa de oreja a oreja, le replico:

—Podría decir lo mismo de ti,...

—Cyan Wolfhunter.

—Vaya -¡sorpresa!-. ¿Cómo el famoso Lobo?

Bebe de su copa.

—Justo -aproxima su rostro al mío—. Que quede entre nosotros, Laila. Soy el hijo de Lobo.

Junto mis manos cuidadosamente alrededor de mi boca, como si intentase ahogar una exclamación (aunque para lo único que las usaría ahora es para estrangularlo).

—¡Oh, Dios mío! Entonces eres un gánster famoso —me mordisqueo el labio inferior, juguetona—. Siempre he pensado que los mafiosos son muy sexys y parece que no me equivocaba.

Pestaño, pestaño, sonrisa encantadora... Que piense que soy otra cabeza hueca como las que se suele llevarse a la cama.

—Sin lugar a dudas, preciosa. Soy el gánster más sexy de esta ciudad.

Apoyo mi cabeza sobre una mano, observándole picarona.

—¿En serio? ¿Me dejas comprobarlo?

Veo como se le iluminan los ojos con codicia y lujuria (y por el alcohol ingerido, claro), como dos pequeños farolillos en mitad de la oscuridad.

Deja un fajo de billetes sobre la barra y, sin decirnos nada más, con las ideas muy claras, subimos a su habitación que, mira tú por dónde, es una suite.

Abre la puerta y me deja pasar; todo un caballero él.

Dentro de esta habitación caben tres pisos como el mío y es tan lujosa que la más pequeña mota de suciedad puede hacer ascender la factura a las cinco cifras.

Lo que más me gusta es el gran número de ventanas y balcones que me facilitarán la salida después del trabajo.

Me quito los tacones rojos, abandonándolos en medio de la estancia. Noto el suave tacto de la moqueta en los dedos de los pies mientras camino en dirección a la cama.

Presiento la mirada ansiosa de mi acompañante en la nuca y sonrío. Buen chico, Cyan, buen chico.

El colchón se hunde unos milímetros cuando me recuesto sobre él. La colcha huele a limpio: a lavanda y detergente. También detecto un ligero aroma a cítricos; limón, tal vez.

Subo mi vestido hasta mostrar gran parte de mis muslos al tiempo que dejo resbalar uno de los tirantes por mi hombro.

Él permanece quieto, embelesado, recorriendo cada milímetro de la piel que he dejado expuesta.

Suelto una risita tonta.

—Lobito, lobito. ¡Qué ojos más grandes tienes!

Mi comentario le pilla desprevenido y sus cejas se levantan en un gesto de confusión, pero se recupera pronto. Una sonrisa cómplice se dibuja en sus carnosos labios.

—Son para verte mejor, Caperucita.

Deja caer su chaqueta al suelo y se acerca a la cama mientras sus dedos vuelan

veloces sobre los botones de su camisa, desabrochándola.

Al descubierto queda su lampiño pecho, su ancha espalda y sus fuertes hombros tatuados con una serie de símbolos celtas que componen el escudo de su familia: un lobo negro formado por trisqueles, lauburus, nudos y un enorme árbol de la vida justo en el corazón de la bestia.

Sube a la cama, reptando se coloca sobre mí y comienza a besarme el cuello mientras me acaricia la espalda con sus manos.

—Lobito, lobito. ¡Qué manos más grandes tienes!

—Son para acariciarte mejor —gruñe mientras sumerge su cara entre mis pechos.

Con mi mano derecha recorro su pecho, acariciando los definidos músculos y siguiendo con la punta de mi dedo índice las líneas de tinta. La izquierda la introduzco por debajo del vestido, lentamente.

Cyan tantea mi espalda buscando la cremallera de mi vestido sin dejar de besar mi piel. Sus labios ascienden hasta que se topan con mi boca y se detienen un segundo. Sus ojos azules escrutan los míos.

—Puro nácar. Dos perlas —susurra.

—Lo sé —noto su aliento en mi boca—. Todos me lo dicen.

—¿Cómo sigue, Caperucita? —murmura mientras acaricia la comisura de mis labios con su boca.

—Lobito, lobito. ¡Qué dientes más largos tienes!

—Son para comerte mejor.

Nos fundimos en un beso. Devora mi boca con pasión, sus labios intentan formar parte de los míos y su lengua busca mi cavidad bucal.

Ays... Es perfecto.

El disparo resuena en mis tímpanos. Los ojos de mi presa brillan por un segundo, con la sorpresa pintada en ellos, pero el brillo se apaga de golpe y su cuerpo impacta contra el colchón, sin vida. Un charco de sangre tiñe la colcha de rojo escarlata. El líquido de color rubí escapa sin cesar por el negro orificio que ha perforado la bala en el cráneo del "Lobito".

Limpio la boquilla humeante de mi Magnum del 44 con un extremo de la colcha y la guardo en su funda que estaba cuidadosamente escondida bajo mi vestido. Con un rápido movimiento me quito la odiosa peluca y dejo que mi melena pelirroja caiga sobre mis hombros.

—Lo siento, lobito. La comida de hoy eras tú —susurro mientras limpio sus labios de cualquier rastro de mi saliva.

Me levanto y recojo los tacones. Le lanzo un último vistazo al cuarto antes de salir por la ventana en busca de la escalera de incendios.

Sonríó orgullosa. No hay nada como un trabajo bien hecho. Nada

.....

Un forense retira con cuidado la camisa del suelo mientras su compañero le hace fotos al cadáver. El viejo inspector Jacob Olsen contempla la pálida cara del que fue Cyan Wolfhunter.

A su lado, Deborah Perkins, la novata, se tapa la nariz abrumada.

Un policía de mediana edad se acerca a ellos con una libreta de notas.

—El barman fue el último que lo vio con vida. Dice que iba acompañado de una señorita rubia con un precioso vestido rojo escarlata. Estuvieron bebiendo y luego subieron aquí —cierra la libreta—. Y eso es todo, señor.

El inspector asiente.

—¿Miller?

Un forense con unas gafas de culo de botella se separa del cadáver y se acerca al inspector.

—Muerte instantánea. La bala perforó el cráneo y le dejó los sesos más batidos que un MCFlurry —le tiende una bolsita de plástico—. ¿Le suena, señor?

El inspector observa la bala. No es la primera vez que ve una bala como esa y no será la última.

—Magnum del calibre 44 con una "R" roja. Dejadlo, chicos. No vais a encontrar rastros. Ha sido ella.

Deborah le lanza una mirada confusa a su superior.

—¿Ella, señor? ¿Quién?

—La mejor asesina de Under, la más meticulosa, la más letal, la más misteriosa. Ella... es Roja.



BOLZANO

Eduardo José Francés Álvarez

Buenos días a todo aquel que esté leyendo este texto. Sí, me llamo Bolzano. Suena raro, lo sé, es el producto de aunar a dos progenitores poseedores de un gusto exacerbado por los nombres peculiares y al extraordinario viaje que realizaron, siendo jóvenes, hacia el norte de Italia, concretamente a una ciudad ubicada a poca distancia del límite con Austria. Todavía hoy recuerdan aquellos momentos como los más felices de su pasado. ¿Acaso hay algo más reconfortante que el hecho de que tus padres eligieran para ti el nombre de la ciudad en la que pasaron los mejores momentos de su vida? No lo creo.

Creer con un nombre como el mío no es sencillo, puesto que los niños, en un alarde de originalidad y creatividad extremas, inventaban todo tipo de mofas y comentarios jocosos. También eran unos profesionales en el uso de la rima, haciendo especial hincapié en sus tres últimas letras, pero la realidad es que no lo odio, puesto que en mis veinte años de existencia he podido constatar que, si existe alguien que comparta este curioso nombre, aún no lo he conocido, de modo que tiene cierta exclusividad, me hace sentir único.

Si algo he de agradecer a mis padres, además de su elección de crear descendencia en los tiempos que corren, así como su devoción hacia su primogénito, al que nunca ha faltado de nada, es el hecho de que me transmitieran su convicción de invulnerabilidad en cuanto a la presión social e impermeabilidad

hacia los perniciosos efectos del marketing. Han huido de banalidades y no han sentido la necesidad de vivir hacia los demás, sino hacia ellos mismos. Todo esto es digno de admiración y, obviamente, constituye mi herencia, de modo que era inevitable compartir su visión del mundo.

Mi comportamiento no está exento de peculiaridades que, en ocasiones, resultan molestas al resto de los mortales, motivo por el cual no tengo un gran número de amigos. Y es que creo que en esta sociedad se da lo que denomino "pensamiento colmena", puesto que es imposible que casi todo agrade a todo el mundo, y sin embargo es frecuente observar que un determinado libro, una serie o película, canción o cantante, están "de moda" y gustan a todo el mundo (o a la inmensa mayoría), creando una especie de espacio cerrado, en el que sólo puedes adentrarte si piensas como el resto, puesto que si opinas de un modo diferente estás fuera, se te considera extraño y te temen por tu individualidad. Siempre huyo de ese tipo de comportamientos y en el ámbito de las nuevas tecnologías soy un ente enteramente radical.

A menudo me sorprende observar cómo las personas se llevan las manos a la cabeza tras el visionado de alguna película en la que se realiza un determinado experimento social para discernir si se está conversando con un humano o con un organismo dotado de inteligencia artificial y lo que creemos real no lo es en absoluto, o esas otras en las que el entorno no existe como tal, puesto que es una simulación creada por alienígenas u ordenadores, de manera que el protagonista mantiene contacto con algo o alguien que en realidad no está "ahí". Me llama la atención extraordinariamente puesto que se basan en la premisa de que aquello con lo que interactuamos en realidad no está presente, y no veo cómo puede extrañar e impactar tanto a la gente. En este mundo, en nuestro mundo, todo es, si cabe, más artificial.

Se conservan registros fotográficos de momentos supuestamente felices, pero que no lo eran tanto, con sonrisas forzadas, falsos abrazos y muestras de afecto vacías. Se interactúa con un teléfono móvil, creyendo que mantenemos una conversación con alguien, pero podría ser tan irreal como las simulaciones de

las películas y nunca lo sabríamos. Se ha perdido el elemento humano, vivimos en una especie de realidad virtual, con la falsa percepción de que alguien nos está contando alguna cosa, pero lo triste es que cada vez estamos más solos, leyendo un texto en la pantalla plana de algún dispositivo que genera emociones fácilmente identificables en nuestros rostros y los de las personas de nuestro entorno, pese a que, no obstante, nadie está conversando con nadie.

Lo que consideramos la realidad, a menudo muestra imágenes de personas que no están viviendo el momento, no se preocupan de “estar”, sino de realizar una determinada publicación para obtener valoraciones positivas de desconocidos, antes que vivir y saborear el momento presente, aquel en el que se encuentran de verdad, optando por esa actitud tan poco coherente.

Sucede de igual manera con los que mantienen relaciones románticas en las que ven la constante necesidad de exponerse ante el resto, para demostrar, básicamente, que son mejores que otros porque realizan más actividades juntos y están “más enamorados”. Esas personas sólo son expositores huecos de sentimientos.

Todos ellos pierden constantemente cantidades exacerbadas de tiempo escudriñando en las redes sociales en busca de la actualización más interesante. Ese es el principal problema. Gastan horas y horas de su tiempo en escribir nimiedades en un teléfono móvil para observar a continuación las que otros escriben, si es que a ese batiburrillo de incongruencias y faltas ortográficas se le puede llamar escritura.

Sí, es cierto, se pierde gran parte del mensaje, la expresividad de los gestos faciales, la tonalidad de lo que se pretende decir, así como cientos de elementos que componen la comunicación no verbal, se sustituyen los “te quiero”, cargados de pasión, emotividad, cuando las manos de los amantes se rozan creando un impulso eléctrico que recorre su cuerpo, viajando a través de todo su sistema nervioso, o al clavar su mirada en el otro hasta poder ver ese característico brillo especial de las primeras veces. Todo esto es reemplazado por palabras e iconos que se leen y olvidan deprisa, siendo apenas un eco de ese efecto que podrían llegar a tener si se hubiera producido interacción real. Se sustituyen abrazos compasivos

y reconfortantes, besos y caricias, todo ello por respuestas vacuas. Es una era de control, de rapidez, impaciencia y banalidades. Una era de velocidad, aplicada a la alimentación, a las relaciones interpersonales, al trabajo, a cómo vestimos, a la producción de todo tipo de materiales de dudosa calidad. Nadie tiene interés en esforzarse, es la era del "aparentar" por encima del "ser" y del "usar y tirar", por encima del "conservar y cuidar".

Odio los momentos de espera en los que es mejor deslizar el dedo arriba y abajo durante interminables minutos, explorando contenidos insulsos, antes que disfrutar de un momento de introspección, libertad y desconexión, simplemente observando el horizonte o yaciendo al aire libre, tirado sobre la hierba en algún parque cercano. Los días transcurren en una única dirección y no regresarán, es nuestro derecho y obligación hacer buen uso de la cantidad de tiempo que se nos presenta cada mañana al despertar.

También odio el *marketing* y todo lo asociado a él. Siempre se habla de los beneficios de un determinado producto alimenticio en lugar de otro, pero en realidad son las propias industrias, que en la sombra, se dedican a sustentar económicamente a los centros que realizan los estudios favorables para sus productos, de manera que nunca podemos fiarnos y saber si son realmente beneficiosos o, por el contrario, sólo se basan en intereses personales.

Debemos cuestionar hasta lo que pueden recomendarnos los médicos, lo que nos lleva también al ámbito de la medicación, puesto que consumimos una cantidad inmensamente elevada con respecto a lo que necesitamos. Cada vez toleramos menos cualquier tipo de dolor o sufrimiento y tendemos a acudir a lo "sencillo", que es la ingesta de una pastilla que calme o haga desaparecer los síntomas que produce una determinada enfermedad. Nadie tiene en cuenta los motivos que pueden llevar a sufrirlas para atacarlos directamente, se basan en detener su avance o acabar con la sintomatología, para seguir el engranaje sin fin de consumo de fármacos y cronificación de enfermedades.

Sí, sé lo que estaréis pensando, odio muchísimas cosas como para vivir en esta sociedad, pero uno no elige en qué mundo nace, sólo queda adaptarse en la medida de lo posible y actuar consecuentemente con tu forma de pensar. Por tanto, teniendo todo esto en cuenta, pido a la persona que esté leyendo este texto, que sea consciente de su realidad, viva el presente saboreando cada momento y no dejándose llevar por esa "horda de *zombies*" de las nuevas tecnologías. Es nuestra responsabilidad cambiar el futuro, pero también lo es que mejoréis vuestro presente si no lo hemos dejado demasiado mal.

Para los habitantes del futuro, un saludo de su amigo Bolzano, desde el año 2017.

El pequeño Jacob acababa de leer las punzantes palabras de aquel desgastado y amarillento papel, que produjeron en él un efecto similar al de cientos de cuchillas clavándose en su cuerpo al unísono. A menudo realizaba búsquedas como aquella, le apasionaba leer, así como conocer datos del pasado, pero era demasiado complicado localizar algo que valiera la pena entre los escombros. Había acudido con sus dos amigos, Jack y Michael, a los límites de la ciudadela en la que residían, para encontrar viejos libros, a menudo polvorientos, con los que ocupar las interminables horas de los días de verano. Mientras sus dos amigos rebuscaban entre los restos de una especie de caseta de madera, probablemente del personal de mantenimiento del recinto de la universidad en la que se encontraban, Jacob se había alejado de ellos para analizar una zona elevada en el agrietado suelo de cemento de la entrada, en una zona ligeramente diferente al resto, totalmente resquebrajada por el paso de los años, así como por los efectos de algún tipo de artefacto explosivo. Al ponerse en cuclillas mirando hacia el interior de la zona elevada había vislumbrado, parcialmente enterrada, lo que parecía ser

una esfera brillante de gran tamaño. Tras excavar con las oxidadas herramientas que siempre portaba con él, logró entrever una ranura en la parte superior de la esfera, suficientemente grande como para acceder a su interior estirando hasta el límite su brazo derecho. Allí había diversos objetos, pero sólo fue capaz de alcanzar con sus dedos aquel sobre cerrado y doblado por las esquinas.

Eran muchos los rumores que hablaban acerca de universitarios del pasado que enterraban esferas transparentes, plagadas de mensajes y objetos de antiguos alumnos, para que los chicos del futuro pudieran observar cuánto había cambiado todo, siguiendo después el mismo ciclo, pero jamás habría imaginado encontrar algo parecido a aquella carta, de hecho era la primera vez que se adentraban en aquella zona, pero para Jacob las palabras de Bolzano eran una profecía que había terminado cumpliéndose de manera horrible en su presente, el año 2117.

Sus manos temblaron tras escasos segundos de haber terminado la lectura, dejó caer aquella hoja escrita por un chico llamado Bolzano, que odiaba su realidad e instaba a los chicos y chicas del futuro a no caer en los mismos errores que la mayoría, miró a su alrededor y se horrorizó, había asumido su realidad como algo normal, pero en ese momento fue plenamente consciente de cómo todo se había ido al traste. Conocía detalles del pasado debido a los escasos documentos que había sido capaz de localizar de forma íntegra, pero aún así desconocía gran parte de la historia transcurrida en los últimos cien años. Los problemas de los que hablaba el chico del pasado fueron sólo el principio, las personas cada vez se aislaban más, hasta que acabaron por no saber relacionarse entre ellos, al tiempo que dejaban de preocuparse los unos por los otros, dando más importancia a estar a la última en tecnología y poder demostrar lo espectaculares que eran sus vidas, que a saber cómo se encontraban sus amigos, familiares, conocidos, conversar con ellos e intentar ayudarles en la medida de lo posible.

La tecnología avanzaba a un ritmo imparable, se trabajaba para obtener dinero que sirviera para adquirir objetos materiales, siempre se buscaba más y más, nadie se conformaba con lo que tenía. Los dispositivos móviles cada vez tenían mayor número de aplicaciones, hasta el punto de no importar los conocimientos de los

individuos, no hacía falta conocer el plano de tu ciudad porque había aplicaciones para ello, tampoco saber idiomas puesto que las redes estaban plagadas de traductores cada vez más fiables, se salía menos de casa, aumentaban los casos de obesidad, las muertes por enfermedades cardiovasculares y los problemas hepáticos graves asociados al aumento del consumo de fármacos generales y psicofármacos. En algún punto del pasado hubo una gran guerra que diezmó a la población mundial, pero los habitantes restantes conservaron los viejos hábitos. En su presente, existían ciudadelas medianamente conservadas, a distancia considerable de las zonas derruidas, pero seguía existiendo tecnología avanzada, satélites y exactamente los mismos problemas de los que hablaba Bolzano, pero elevados e incrementados exponencialmente.

No estaba seguro de que el hecho de que todo cayera como un castillo de naipes fuera exclusivamente culpa de la inactividad y los actos de los individuos de aquella época, pero lo que estaba claro es que había contribuido en gran manera a ello.

En su cabeza no dejaban de resonar tres preguntas una y otra vez. ¿Cómo permitieron que llegara a suceder esto? ¿Cómo es que nadie hizo nada para evitarlo cuando aún estaban a tiempo? ¿No lo vieron venir?



ESPERANDO EL amanecer

Eduardo Melero Verdú

1. Sombras

Vicenç abrió los ojos. Había alguien ahí.

Elevó el torso y se apoyó sobre su brazo. Nadie.

Vicenç se levantó descalzo. Apartando la ropa que tenía por el suelo a patadas, salió de su habitación y fue a la de Fortuna. Se acercó a la cuna, y comprobó que seguía durmiendo. Bien, no hay peligro. Miró a través de la ventana abierta que había sobre la pequeña; serían más de las doce, pero seguía haciendo un calor tremendo. Una cerveza no le vendría mal.

En su cocina, con la lata en la mano, Vicenç volvió a ver la paga sobre la mesa redonda; todavía le quedaban un par de meses de baja. Pero le seguía doliendo el brazo. Recordó aquel momento: estaban arreglando el *Camí dels Ruïssos*, en La Marina, y él se resbaló, justo cuando iba a pasar la máquina que llevaba el asfalto. Había tenido suerte de no haberse hecho más daño, en realidad. Además, así podía aprovechar para estar más tiempo con Fortuna.

Todavía desconfiando, Vicenç volvió a su cama. Había un espejo antiguo encima, comprado justo cuando se mudó al piso... cerró los ojos.

No tardó en notarlo. De nuevo, estaba seguro que había algo, observándole. Se giró para poder ver el espejo, moviendo un poco su ancho cuerpo hacia fuera. ¡Ahí estaba! Una sombra...

—¿¡Quién eres!?! —Vicenç se levantó de un salto... pero tan sólo encontró un lirio blanco en el suelo.

De repente, un golpe, algo cayendo. No es posible... corrió a la otra habitación. ¡Fortuna no estaba! ¡No estaba! ¿¡Dónde se había metido!?! No puede ser... no, no es posible. No puede ser, no...

Vicenç la buscó; no estaba en la casa. Pero no era posible... sólo tiene once meses, no puede haber... Vicenç se sentó en el suelo, junto a la cuna.

Con las dos fuerzas que le quedaban, se asomó por la ventana... había... llevaba la ropa de Fortuna... ¡un hombre se la estaba llevando! ¡Estaba girando por la esquina!

Todavía en pijama, Vicenç bajó corriendo las escaleras. ¿Cómo podían haber subido a una segunda planta y coger a un bebé tan rápido? Vicenç atravesó la plaza a la que daba su portal, lo siguió hacia abajo, giraron hacia la derecha, luego a la izquierda, dos calles más allá a la izquierda... Vicenç se encontró a sí mismo, solo, en la *Plaça de Altabix*. No estaban.

Vicenç pensó en llamar a la policía, o a algún amigo... esto es, si le quedaba alguno. Pero, de repente, lo recordó... el lirio. Ya sabía donde estaba Fortuna.

2. Pr'ra

Por el día, el *Clot de Galvany* es luminoso, lleno de vida, del color verde. Por la noche, sin embargo, el azul de la laguna se convierte en negro, y las rocas, que antes brillaban por el sol, en peligrosos obstáculos. Vicenç llevaba varios minutos vagando sin destino por las colinas que lo rodeaban; había llegado hasta un extremo y otro de la reserva, sin encontrar nada. ¿Qué hacía ahí?

¿Merecía la pena buscar...?

Vicenç encendió su linterna y se introdujo entre los pinos, la oscuridad envolviéndole cuando estaba debajo de ellos, y sólo pudiendo ver un hilo de la luz de la luna a través de las ramas. Notó con desdén cómo el pie se le doblaba y se deslizaba, colina abajo, hasta que uno de los pinos detuvo el viaje. La fuerza del golpe desprendió una rama sobre Vicenç, que se quedó inmóvil, mirando al cielo.

Cien segundos, veinte minutos... Vicenç no supo cuánto tiempo estuvo tumbado.

—¿Hola? ¿Necesitas ayuda?

Ante Vicenç apareció una chica. La luz de la luna teñía su cabello rubio de verde, y su blusa azul resplandecía en la noche como si quisiera combatir contra el cielo.

Apoyándolo en sus brazos, y tras quitarle la rama de encima, la mujer llevó a Vicenç a un refugio entre dos árboles bajos, consistente en dos mantas entrelazadas sobre las ramas de estos. Le ofreció una palangana con agua fresca.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí a estas horas —Le dijo Vicenç tras lavarse y agradecerle la ayuda.

—Mi nombre es Melanie... Melanie Rivera. Estoy buscando *Pr'ra*.

¿*Pr'ra*? ¿Qué era eso? Vicenç nunca había oído nombre tan impronunciable.

—Ah... supongo que lo entenderás mejor como *sombras*. Son los restos de las personas que han perdido todos sus recuerdos, toda su esencia al entrar en contacto con las parras de la Raíz.

¿Cómo? ¿Había una secta por ahí? Vicenç desconfiaba:

—¿*Sombras*? ¿Cómo puede alguien perder toda su 'esencia'? ¿Y si alguien no tiene 'esencia'?

—Bueno... esa sería *Kil' du*. Le dicen 'La Pastora'; una persona que estaba tan vacía que pudo mantener su consciencia tras tocar la Raíz, pero perdió su forma humana. Ahora adopta distintas formas... mucha gente la ha visto con ropa de labrar, ya sabes, ropa vieja de lana, un pañuelo en la cabeza... por eso la llaman 'La Pastora'.

Vicenç estaba demasiado ocupado —y preocupado— como para seguir escuchando tonterías. ¿Cómo una chica tan guapa podía estar tan loca? Le dio las gracias nuevamente y bajó por un camino hasta el paseo que bordea la laguna, con la intención de continuar su búsqueda.

Pero no tardó en aparecer ella.

—¿Y tú cómo te llamas? ¿Y qué haces aquí a estas horas de la noche? Yo ya te he dicho mi motivo. —Melanie parecía divertirse mientras preguntaba.

—Soy Vicenç. Déjame en paz.

—¿Pero sabes adónde vas? En esa dirección vas a la salida del *Clot*.

Vicenç se paró. Tenía razón, y además, ya había buscado por toda la zona delimitada. ¿Conocía ella el *Clot*? Sí, lo conocía. ¿Podría guiarle para que no se volviera a caer? Sí, podía.

—Vale. Te ayudaré a buscar las... *sombras* si me ayudas a peinar toda la zona. ¿Es muy grande?

Ella rió. Se puso a su altura para que ambos pudieran caminar juntos; sus ojos azules parecían dos espejos en los que se reflejaba la laguna. A medida que caminaban, ella le indicaba todos los caminos que iban 'campo a través', y todas las plantas de cada zona.

—¿Está incluida la *Raíz*?

Ella se rió, y le explicó que esa era la raíz de todo mal, el origen de todas las desgracias humanas, la creadora del caos. Los *Pr'ra* eran personas que habían

tenido la desgracia de perderse en el *Clot* y llegar al árbol, rozar una de sus vainas, y ser apresadas por esta.

—La vaina suelta una masa viscosa e intocable que toma la forma de la persona que solían ser; pero no tienen ninguno de sus recuerdos, así que vagan por las casas de la gente, observándolos.

—¿Y vuelven a la casa en la que vivían?

—No es lo normal. La persona deja de existir, ya no está viva. Lo único que hace es meterse en las habitaciones para ver a los humanos dormir, intentando recordar lo que fueron. Se esconden a nuestras espaldas, pero nosotros podemos sentirlos. Ellas a nosotros también, pero no pueden tocarnos; siempre tienen la sensación de que les falta algo, pero nunca podrán recordar qué es, así que están condenadas eternamente.

Eso era demasiado. Vicenç entró en cólera. ¿Cómo podía decir eso? ¿Cómo podía existir algo tan horrible? Se lo dijo a Melanie, entre gritos, apenas sin hacerse entender, y se volvió al coche. Esta vez ella no le siguió.

—¿Cómo podía decir eso? ¿Cómo podía ser tan cruel? Vicenç se preguntaba, sentado en el asfalto junto a su coche. ¿Cómo podía Alba...? No, era mentira. Tenía que ser mentira.

...

Un año atrás, Alba, la esposa de Vicenç, fue un día al *Clot*. Al día siguiente no apareció. La policía, los guardabosques, estaban desconcertados: nadie le había visto en las urbanizaciones de los lados, no había sitio donde podría haberse escondido en el paraje, ni ningún pozo donde podría haber caído. Podría haberse ahogado en la laguna, dijeron, si intentó acercarse a ver los patos. Pero la habrían encontrado. No tenía sentido. ¿Tal vez...? No, no era posible. El simple pensamiento de que le podría haber pasado algo tan horrible le daba un escalofrío. No...

...porque eso significaría que su destino fue peor que la muerte.

3. La Raíz

Era hora de llamar a la policía.

Vicenç se había dejado el móvil en casa con las prisas, así que tenía que volver a Elche. Tal vez mañana, de día, podrían volver a buscar a Fortuna. O tal vez ni siquiera había salido de Altabix; era prácticamente imposible llegar a pie desde Elche hasta allí, y más a oscuras. Más tranquilizado, decidió volver a por Melanie; estaba *grillada*, pero tampoco quería dejarla sola allí.

La encontró cerca de donde él se había caído, en la depresión de una colina más allá del camino vallado. Estaba mirando unas luciérnagas.

Desde el terraplén en el que él estaba, la llamó:

—Volvamos, Melanie. Mañana te puedo llevar aquí, si quieres.

—No hace falta. ¡Baja! ¡Lo he encontrado!

Aunque reticente, Vicenç bajó hasta donde estaba ella, los piñones del suelo crujiendo bajo sus pies. Las colinas de alrededor tapaban la luna, por lo que sólo les iluminaban las luciérnagas; con esa luz, Melanie parecía pintada a acuarela, al lado del cuerpo grueso y desaliñado de Vicenç.

—¿Sé dónde está la Raíz!

—Melanie, este sitio es peligroso. Es mejor que volvamos.

—¡Pero yo no he acabado de buscar! Y tú también estabas buscando algo por aquí, ¿no?

Vicenç se dio cuenta de que no le había respondido a su anterior pregunta. Le explicó cómo había visto a un hombre llevarse a Fortuna, y cómo, recordando que en el *Clot* crecían lirios, fue hasta allí.

La expresión de Melanie se volvió grave.

—Vicenç... creo que no era un hombre lo que viste. *Yggdsr* es un hijo de la Raíz, una criatura (un '*demonio*' si quieres), que se alimenta de las almas puras y limpias de los bebés pequeños. Él hace lo que dices: los roba y los trae a la Raíz, donde les quita su esencia y los convierte en arena.

Debía estar de broma. Pero su cara era demasiado seria. Bueno, ¿por qué no?

—¿Cómo podemos ir entonces?

Melanie le señaló las luciérnagas.

Iban entre los pinos. Desde fuera no parecía que pudiera haber un camino por ahí; pero no se toparon con ninguna pendiente. Cada vez, los árboles se acercaban más y más, y había menos luz; Vicenç se había dejado la linterna en el coche, vaya. Aunque, por algún motivo, podían seguir viendo... las ramas se entrelazaban, cada vez más desnudas, hasta parecerse al techo de un túnel. Vicenç notó algo más: en los troncos crecían lirios, pero de un color extraño, ni lila, ni blanco; se acercó para verlos mejor.

—No te acerques —dijo Melanie sin girarse—. Contienen un veneno que te puede dormir para siempre. Te convertirías en un lecho de flores, dispuestas a recibir más intrusos.

—¿Estamos muy lejos? —Vicenç se apartó.

—No lo sé...

—Bueno, ¡siempre podemos pedirle indicaciones a La Pastora si la vemos por aquí!

De nuevo, Melanie se puso seria, y sin girarse, le dijo:

—La Pastora no tiene ningún tipo de rasgo humano; a veces ayuda a las otras criaturas, a veces las ignora. A veces se esconde de los humanos, a veces no. No tiene sentimientos. No nos ayudaría.

Vicenç estaba hartándose de tanta tontería. No existen los *demonios*. No existe La Pastora. Además, estaba muy oscuro; debían haberse perdido. Simplemente se giró, justo cuando Melanie se daba la vuelta. Y empezó a correr, correr sin sentido. Le sabía mal dejarla aquí, pero...

...pero no veía la luna. No veía nada; sólo árboles y árboles. El camino era recto, lo había visto antes. Era imposible perderse, imposible...

Llegó a un claro. No, había paredes de madera. Pero... tenían algo...no podía ser.

En el centro de la 'habitación' había un hombre especialmente enano. No, no era un hombre. Pero tampoco un animal. Tenía cinco extremidades, tres de las cuales terminaban en una tenaza parecida a las de un cangrejo, aunque eran todas de color morado; su cuerpo era completamente negro, similar al de una cucaracha, y estaba desnudo; Vicenç se percató de que le colgaban por atrás varias 'colas' semejantes a unos genitales quemados. Y su cara... parecía un dibujo de un arlequín, con varias antenas a modo de sombrero, una sonrisa perpetua y fea, y unos ojos oscuros y vacíos. Y le estaba mirando.

Se acercó a la pared. Eran jaulas. Y contenían... niños. Bebés. Bebés pequeños.

Sacó uno. No dejaba de mirar a Vicenç.

De repente, salieron de su boca unos tentáculos que amarraron al bebé. Este lloraba, con un grito horrible, como animal. Sus manitas se iban deshaciendo hasta convertirse en muñones. Sus patucos se cayeron, pues sus pies habían empequeñecido y no tenían dedos. Y su cara... una cara rolliza, gorda... entre gritos, su cara se arrugó como el papel, su cabeza se contrajo, hasta que dejó de gritar.

No...

La criatura cogió con todas sus tenazas al bebé, y lo que quedaba de él se convirtió en... arena. Todavía sujetando la figura, acercó las zarpas,

deshaciéndolo como si fuera una escultura.

Vicenç quería vomitar. La bestia se acercaba...

Una mano lo cogió. Era ella. Empezaron a correr, aguantando Vicenç las lágrimas.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo...? No tenía un año...

Llegaron al final.

Un árbol gigante, por lo menos quince metros de alto, estaba en el centro de una estancia cuyo suelo estaba recubierto de vides; parecía un baniano, pero con un solo tronco. Las paredes eran de una madera oscura, gris, como la de los pinos; pero Vicenç notó que eran más duras, como la piedra. A mitad del grueso tronco, el árbol se dividía en cientos de ramas cuyas hojas caían hasta el suelo; varias parras grandes y gruesas colgaban de algunas. Vicenç cerró los ojos cuando las vio.

—El destino crea casualidades, los humanos las sufren y la Raíz las aprovecha... las casualidades carecen de significado, orden u objetivo. El destino no tiene sentido —dijo Melanie.

Vicenç dejó de ver nada; la cólera no le dejaba. Levantó el puño y hechó a correr, sin dejarle tiempo a cogerle.

Al mismo tiempo, se levantaron las hojas de vid del suelo cuales muros, muros sin cara y con gruesos brazos de madera que fueron a apresarle. No les costó.

Vicenç se ahogaba... las hojas no le dejaban respirar. Hundieron su cabeza, hasta que sólo le quedó fuera un pie... el brazo le dolía horrores.

Con un último aliento, les permitió tragarle.

4. Melanie

Vicenç despertó sobre el regazo de Melanie. Le había salvado, otra vez...

—Melanie...

—Esos eran los guardianes de la Raíz. No deberías haberte lanzado; has tenido suerte de haber salido vivo.

Había un hueco en lo alto de la estancia. La luz de la luna, clara como el sol, entraba, iluminándolos a los dos, juntos, sentados sobre el tronco de la Raíz. La madera brillaba; sus caras se volvían blancas, y sus ropas, grises.

...Vicenç levantó, aunando sus fuerzas, el brazo herido. Estaba dispuesto, había una oportunidad... juntos, podrían salvar a Fortuna:

—El destino sí que tiene significado... yo he venido aquí a salvar a mi hija. Te he conocido por casualidad, y juntos, la encontraremos...

Miró a Melanie, sonriendo... y de repente, no había nada a su alrededor.

Su espalda dio contra una superficie dura y oscura. Había caído por un agujero en el tronco...

No, no había caído. *Le habían empujado.*

—¡Buaaa!

¿Quién lloraba? ¿Había alguien más allí?

Se giró. ¡Era Fortuna! ¡Estaba bien! Vicenç se levantó dolorido y corrió los pocos metros que les separaban. La cogió en brazos, y juntos, miraron al agujero por el que había llegado. Vicenç abrió la boca para llamar a Melanie, pero ella

estaba tumbada en el suelo, convulsionando.

Como si fuera de goma, sus piernas se hicieron más cortas; sus brazos, gruesos y sucios. Su falda se convirtió en una pieza vieja de lana; su blusa, en una rebeca marrón.

Y en su cabeza, apareció un pañuelo de tela.



La DESPEDIDA

Andrés Pérez Cutillas

Día 1:

Jacobo se despertó con el sonido de la alarma. Se desperezaba intentando olvidar la PESADILLA que le había parecido tan real; *se encontraba junto a su hermano en un cementerio. Los dos se despedían.*

Día 2:

Volvió a despertar entre sudores. Un día más la PESADILLA invadía su descanso. *Esta vez eran sus padres quienes agitaban sus manos entre una niebla aterradora. Junto a una tumba.*

Día 3:

De nuevo, despertó recordando cómo decía ADIÓS a sus mejores amigos.

Día x:

Jacobo, desesperado, concluye que morirá pronto. En su mesa de trabajo comienza a escribir:

‘Queridos familiares y amigos,

Escribo esta carta....’

Día final:

Todos han asistido al evento. Después de comer, Jacobo, emocionado, comienza a hablar:

—Os he reunido a todos porque...—

Tras finalizar, todos quedan aturridos mientras siguen con la mirada a Jacobo que sale del recinto.

Unos segundos de un SILENCIO amargo y alguien rompe a llorar.

Mientras Jacobo se aleja del lugar, escucha una fuerte explosión. Perplejo, se gira y encuentra un recinto convertido en ruinas.



LÁGRIMAS SOBRE LOS ÁNGELES

Victor Sánchez Rico

Al fin llegamos al lugar de la catástrofe. Bajamos del coche, desarmados. ¿Para qué queríamos las armas? No quedaba nadie en pie. Nadie a quien socorrer ni nadie a quien reducir. Todos llevábamos mascarillas, pero esto no evitaba que el olor alcanzase nuestras fosas nasales. Olía mal. Olía a muerte. Y hacía mucho calor.

A través de las gafas protectoras, la nube de polvo y el humo apenas permitían ver a una distancia de unos diez metros. Solo las lenguas de fuego sobre los escombros destacaban detrás de la niebla. Me detuve. No sabía hacia dónde avanzar. Solo se escuchaban el crepitar de las llamas y las botas militares de mis compañeros golpeando el suelo quebrado, corriendo quién sabe dónde.

Me dirigí hacia una de las casas mejor conservadas que podía ver. Los edificios a ambos lados de la misma se encontraban en bastante mal estado, dejando ver un esqueleto de hormigón, débil como un castillo de naipes, pero de esta casa se conservaban varios tabiques. De haber algún cadáver, estaría mejor conservado tras el refugio de una de las paredes que de estar a la intemperie. No tenía ninguna esperanza de que la bomba coreana hubiese dejado a nadie con vida.

Bastó con patear la dañada puerta para entrar en la casa. Recorrí el estrecho pasillo y entré en la primera habitación que vi. Me quedé petrificado.

Apoyados en la pared, que daría al edificio contiguo de estar en pie, se encontraban los cuerpos de tres mujeres, con la piel quemada y la ropa en mal estado. La mujer más grande estaba abrazando a quienes probablemente serían sus hijas, una a cada lado.

A pesar de lo triste de la escena, mi deber era sacar los cuerpos a la calle para su identificación, así que los separé entre sí para cargarlos. Al moverlos, pude ver que se encontraban sentadas sobre un cofre metálico que, curioso, abrí. En su interior parecía que solo había ropa vieja. Moví la mano en su interior, decepcionado, buscando cualquier cosa, y fue cuando el dorso de mi mano chocó con algo que no era de tela: una espiral de metal. Era un cuaderno.

Lo saqué del cofre y me senté sobre él para curiosear algo de lo que había escrito. Era un diario. Empecé a leerlo por la primera página.

Día 28 de junio de 2025

Parece que hoy ha estallado la guerra. Ya llevábamos varios años de encontronazos con Corea, pero esta vez ya es serio. Una bomba en Manhattan. Quién diría que se repetiría un atentado allí después del de 2001. No sé cómo manejar mis emociones. El psicólogo me ha recomendado escribir este diario con tal de desahogarme y así, de paso, evitar preocupar a la familia.

Día 1 de julio de 2025

Nuestro país está respondiendo a los ataques asiáticos. Han dicho en la tele que las tropas están preparadas y que son superiores. Ojalá sea verdad. Michael y las niñas están nerviosos; y yo también. Rezamos para que los conflictos duren lo menos posible y no nos afecten.

10 de julio de 2025

Ha habido un bombardeo en Houston. Tenemos los nervios a flor de piel. Vivimos en Los Ángeles. En las afueras, pero en Los Ángeles. Somos un objetivo llamativo en el mapa. No nos sentimos seguros en nuestra propia casa y, muy a pesar de lo que diga el presidente: NO. No está todo bajo control.

12 de julio de 2025

Michael y yo hemos decidido gastar nuestros pocos ahorros en enviar a las niñas a España, con sus tíos. Si bien es cierto que no los conocen, y que no han estado nunca allí, pero estarán seguras. Más que aquí. No podemos pagar los billetes para todos. Los vuelos al extranjero se han vuelto carísimos, productos de lujo, desde que los conflictos comenzaron. Ahí van nuestros ahorros. Por el bien de Charlotte y Emily.

14 de julio de 2025

Acabamos de volver a casa del aeropuerto. La despedida ha sido realmente dura. Emily continuará con la carrera en España; tiene todo el verano para arreglarse el papeleo. Charlotte seguirá estudiando para conseguir convertirse en maestra. Estoy segura de que lo conseguirás, cielo. Cuidaos mucho, pequeñas. Estáis en mis plegarias.

15 de julio de 2025

Estamos devastados. Acaban de informar en las noticias que el avión en el que volaban Emily y Charlotte ha sido derribado. Una parte de nosotros ha muerto. Las emprendimos en este viaje buscando precisamente refugiarlas y ponerlas a salvo, y sin embargo, las hemos conducido al mismo final que tratábamos de evitar. No tengo fuerzas para seguir viviendo y tengo miedo de hacer alguna tontería.

16 de julio de 2025

Anoche un taxi se detuvo en nuestro portal. Eran Emily y Charlotte. No tomaron el avión. Decidieron quedarse con nosotros. "Tenemos que estar juntos en lo bueno y en lo malo" se explicó Emily. Charlotte estaba muy callada. Realmente le afectó el hecho de que el avión en que no se subieron fuese derribado. Tenía el miedo en los ojos. Una madre sabe estas cosas. Pero a pesar de todo no puedo estar más contenta de que me desobedeciesen. Mis niñas están vivas. Dios lo ha querido así.

18 de julio de 2025

Hoy ha habido un bombardeo sobre San Francisco. Se han lanzado un par de misiles en respuesta hacia Corea. También ha llegado un avión con soldados caídos en Siria. No tengo ánimos para escribir hoy. Ha sido un día negro para el país.

19 de julio de 2025

Charlotte está realmente mal. Hoy la hemos pillado escribiendo una nota de suicidio. No podemos dejarla sola. No sabemos a lo que puede llegar. Como madre, me siento responsable. Estoy destrozada. ¿Lo hubiera hecho si no la hubiésemos pillado? Esto es un golpe muy duro. Hemos decidido mantenerlo en secreto para con Emily. No queremos que a ella también le vengan ideas de este tipo. Lo que más me preocupa es que a mí misma ya me pasaron estas ideas por la cabeza antes. Dios, mantennos a salvo, te lo suplico.

Gotas de agua empezaron a caer sobre el diario. Parte del techo se había hundido y estaba empezando a llover. Empujé el cofre a un lado, a cubierto de la lluvia, y aproveché la pausa para limpiar un poco las gafas de protección. Se habían empañado y ya permitían leer a duras penas. Proseguí.

20 de julio de 2025

Michael ha vuelto borracho a casa. Finalmente, la situación ha terminado por superarle. La falta de empleo, un ¿intento? de suicidio de su hija menor, los bombardeos... No puedo culparlo. Pero así no nos ayuda como esposo ni como padre.

21 de julio de 2025

Otra vez. Michael ha llegado a casa apestando a alcohol, y esta vez agresivo. Me ha dado un soberbio guantazo delante de las niñas cuando intenté acomodarlo para que no cayese, mientras gritaba cómo de asquerosa era nuestra vida. No tenemos prácticamente dinero, lo habíamos gastado en el avión de las niñas, y no tenemos nuevos ingresos. ¿Piensa que la solución es gastar lo que nos queda en el bar? Voy a pasar la noche con Charlotte, no sea que haga nada raro. Emily

se ha ido enfadada de casa después de ver a su padre así. Espero que vuelva. No sabemos dónde ha ido.

22 de julio de 2025

Emily ha vuelto. Le ha echado a su padre la bronca de su vida. Michael se ha puesto a llorar pidiendo perdón y Emily, benévola, se lo ha dado. Ha prometido que no volverá a beber, pero sé que está mintiendo. Charlotte parece que también ha perdonado lo ocurrido. Yo no puedo mirarle a la cara y me siento algo traicionada por las niñas.

25 de julio de 2025

Nuevo bombardeo sobre San Francisco. Las noticias también cuentan que a las tropas estadounidenses les va bien en Asia, pero no me lo termino de creer. Los ataques llegan igual que antes. Yo sigo sin dirigirle la palabra a Michael. Hoy también ha vuelto a casa oliendo a alcohol, cuando las niñas ya dormían. Sigue bebiendo a espaldas de todas y se piensa que no me doy cuenta solo porque cuando llega estoy acostada. No podría estar más decepcionada. Michael, nos has vuelto a fallar.

28 de julio de 2025

Hoy se han escuchado varios aviones ir y venir todo el día. Ha habido otro ataque, por suerte frustrado, esta vez en Bakersfield, realmente cerca de Los Ángeles. Michael ha intentado tranquilizarnos diciendo que gracias a que vivimos en las afueras de la ciudad, en caso de emergencia anunciada, podemos escapar en coche rápidamente, sin que las carreteras estén congestionadas. Aunque no deje de ser cierto no puedo evitar estar preocupada, y mucho menos enfadada con Michael. Está seguro de que todo irá bien y así nos lo ha prometido. Pero no confío en él. Ya no.

31 de julio de 2025

Es posible que este sea el último día que escriba. Hace algo más de una hora que se dio la alarma en la ciudad. Han avistado varios aviones enemigos sobrevolando

la zona. Las niñas están aquí, conmigo. Llorando. Por dos motivos: por el estado de alarma y el peligro que supone, y porque su padre las ha abandonado, días después de que les prometiese que nunca lo haría. Maldito imbécil... Pasamos media hora esperando frente a nuestra casa. Media hora esperando a ese hombre que nos prometió que todo iría bien. Esperando que nos sacase de aquí. Pero no. No ha venido a por nosotras. No se ha dignado a volver. Quizás haya tenido un accidente. Quizás se haya quedado sin combustible y sin dinero. Quizás ha huido por su cuenta. Pero en cualquier caso y una vez más: nos ha fallado.

Escribo esto desde la que hemos considerado la habitación más resguardada de la casa. Intentando conservar la calma. Si no sobrevivimos, y alguien en un futuro lee este cuaderno, por favor, que le diga a Michael J. Douglas que la que era su familia murió sin él, y que yo misma perdí la vida sin la alianza puesta. Que desde donde esté lo voy a maldecir hasta el último de sus días.

Firmado: Genevieve Douglas Douchannes

Solté el aliento y cerré el cuaderno.

Ya no podía mirar los cuerpos del mismo modo. No ahora que conocía su historia. Lancé el cuaderno al suelo y me incorporé mientras me quitaba las gafas para volver a limpiarlas. Al ponérmelas de nuevo vi, en el suelo, junto al diario, un pequeño aro cubierto de polvo. No me molesté en agacharme a por él; lo pateé.

Cargué con el cuerpo de Genevieve al exterior de la casa derruida y lo tendí sobre la agrietada acera. La lluvia arreciaba y sentía cómo las gotas impactaban sobre mi casco. Volví a entrar a por los cuerpos de las niñas. Al llegar a la habitación pisé el anillo sin verlo. La lluvia había lavado el polvo que lo cubría y los charcos casi alcanzaban el cuaderno tirado sobre el suelo. Lo recogí y lo guardé bajo la chaqueta. Había decidido cumplir con el encargo de Genevieve y necesitaría esas páginas como prueba para hacerle saber a ese tal Michael cómo habían acabado las vidas de quienes fueron su mujer e hijas.

El cuerpo inerte de Genevieve estaba mojado y toda su ropa calada cuando dejé los cuerpos de sus hijas junto a ella. Pese a todo, la expresión de su cara parecía

serena, como si le gustase la lluvia. Como si ya no tuviese que preocuparse de nada más.

Llovía más que antes y el golpear de las gotas contra el suelo se hizo más audible que el mismo silencio. El agua había limpiado el polvo del aire y había extinguido los incendios de los que emanaba el humo. La visión habría sido completamente clara de no haber sido por la cortina de agua, pero pude ver sobre la baldosa todos los cuerpos que mis compañeros habían conseguido rescatar de los escombros mientras leía, tendidos sobre la acera, hasta donde alcanzaba la vista. Pensaba que, igual que la familia de Genevieve había planeado huir, toda la gente habría optado por lo mismo, o por refugiarse mejor en otro lugar. Quizás pensasen que el ataque no llegaría a las afueras. También sería posible que no tuviesen ninguna forma de huir o que hubiesen desistido de ello. O tal vez pensasen que esconderse en el sótano era seguro. Nunca lo sabría.

Lo único que sabía era que todas y cada una de las personas que había tendidas sobre el suelo tenía una historia, más o menos trágica que la de la familia de Genevieve. Del mismo modo, también supe que ninguna de estas personas era culpable de lo que les había sucedido.

Intenté localizar a Michael Douglas. Formar parte del ejército tiene la ventaja de poder encontrar a quien buscas de forma más o menos rápida. Al parecer sí escapó del bombardeo. Y por lo tanto, automáticamente, también era cierto que abandonó a su familia.

Huyo a Santa Bárbara, la ciudad donde se crio. Acudió a casa de sus padres. ¿Sabrían ellos qué había ocurrido con su familia? ¿Que había dejado a su mujer y a sus hijas en la estacada?

Dos semanas después de leer el diario, me presenté en Santa Bárbara, en casa de los padres de Michael, con el cuaderno bajo el brazo. Era una casita en las afueras, con jardín y un porche en la entrada. Abrí la verja del jardín para llegar a la puerta principal, desprendiendo un desagradable chirrido por el óxido que acumulaban las bisagras. Mientras subía al porche esperaba que alguien saliese a recibirme, después del ruido que había hecho no sería de extrañar que alguien

dentro de casa me hubiese oído entrar, pero no salió nadie. Traqué la puerta varias veces, esperando una respuesta de dentro, pero no obtuve ninguna.

Me disponía a gritar el nombre de Michael cuando escuché el chirriar de la verja de la entrada detrás de mí. Eran los padres de Michael. Unos ancianos encantadores. Se extrañaron que no me hubiese abierto nadie, no esperaban que Michael saliese. Me invitaron a pasar a esperarle, pero al abrir la puerta de la casa supe que había fallado con mi encargo. No iba a poder esperar a nadie. En el centro del salón, sobre botellas de cerveza vacías y colgando por el cuello de una soga gruesa, el cuerpo inerte de Michael se balanceaba con la corriente de viento que atravesaba la casa.

Lo siento mucho Genevieve, no he podido llevar tu mensaje a su destinatario. Quizás por las maldiciones que tú misma lanzaste. Descansa allí donde estés. Lo que no se llevó la guerra, se lo llevó el remordimiento.

ÍNDICE

Pórtico	4
Jurado	6
Premiados y seleccionados	7
Primer Premio:	
<i>Ana</i> , Luis Torrús Cortés	11
Segundo Premio:	
<i>El misterio de Widemarsh Street</i> , Javier Arcones Toledano	21
Tercer Premio:	
<i>La locura</i> , Noemí Riquelme Sánchez	32
Seleccionados:	
<i>Música en el vacío</i> , Laura Coves Fernández	41
<i>Roja</i> , Laura Coves Fernández	52
<i>Bolzano</i> , Eduardo José Francés Álvarez	63
<i>Esperando el amanecer</i> , Eduardo Melero Verdú	71
<i>La despedida</i> , Andrés Pérez Cutillas	83
<i>Lágrimas sobre Los Ángeles</i> , Víctor Sánchez Rico	86

